

ISSN: 2992-7781

grafógrafixs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



VOL. 6, NÚM. 1 • ENERO-MARZO 2024

GRAFÓGRAFXS

TALLERES DE LITERATURA



TODOS LOS SÁBADOS

SESIONES VIRTUALES & PRESENCIALES

INFORMES EN GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX

¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

- *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

Ejemplo:

Dora Moro,
Geodón,
ISBN: 9-47-8490-607-978, México
Ediciones Luzzeta,
41 .2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

RECTOR

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

SECRETARIO DE DOCENCIA

José Raymundo Marcial Romero

Doctor en Ciencias Computacionales

SECRETARIO DE RECTORÍA

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Doctor en Ciencias de la Educación

SECRETARIA DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Luja

Doctora en Humanidades

DIRECTORA GENERAL DE COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA

Ginarely Valencia Alcántara

Licenciada en Comunicación

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Doctor en Administración

Grafógrafxs, volumen 6, número 1, enero-marzo de 2024, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: 2992-7781, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Laksmi Contreras Reyes

Vania Heredia

COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato

Yanko González

Reynaldo Jiménez

Josely Vianna Baptista

Mónica Nepote

León Plascencia Ñol

Alberto Chimal

Cristina Rivera Garza

Ana Porrúa

Ángel Ortuño †

Julián Herbert

CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña

Maricela Guerrero

Carlos Maldonado

Efraín Velasco

Carlos Vicente Castro

Luis Eduardo García

Juana Adcock

Rodrigo Quijano

Cristian De Nápoli

César Panza †

Xitlailitl Rodríguez Mendoza

CONTENIDO

- | | | | |
|----|--|----|--|
| 5 | <i>Y LA MUERTE NO TENDRÁ DOMINIO</i>
(FRAGMENTOS)
Victoria Guerrero Peirano | 47 | EL DÍA DE LA BALLENA
Ramiro Sanchiz |
| 8 | <i>SUDAMERICAN ROCKERS, LOS PRISIONEROS</i>
EN EL ESTADIO NACIONAL 2001
Johanna Watson | 55 | APUNTES REVISITADOS
DE UNA EXNOVELISTA
Carlos Ríos |
| 16 | ALTRUISMO
David Roas | 60 | MAMBO-CAFÉ
César Flores González |
| 27 | <i>LOS QUILMERS</i> (FRAGMENTO)
Leandro Ávalos Blacha | 61 | CONFIAR
Vicente Undurraga |
| 40 | CINCO POEMAS
Bahar Hosseini | 66 | <i>ELEMENTOS PARA PENSAR. AFORISMOS</i>
<i>Y PARADOJAS</i> (FRAGMENTOS)
Giulio Donato Broccoli |
| 44 | SEIS POEMAS
Baroj Akrayi | 73 | OTRAS PUERTAS, OTROS MUNDOS
Gerardo Villanueva |

Ilustración en portada y contraportada:

Sin título (2023) (Asdrúbal Max).

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

Imágenes robadas del muro de Facebook
de Ismael Velázquez Juárez

grafógrafxs es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

~~*Y la muerte no tendrá dominio*~~ (fragmentos)

Victoria Guerrero Peirano

19

No puedo hacer el amor.

Es un tema de la terapia. Un tema sin éxito. Hablarlo no ha hecho que sea mejor. Un obstáculo casi impuesto. Yo misma era mi propio obstáculo; otras, mi madre se interponía entre mi cuerpo y el de alguien más, allí estaba ella. Eso era seguro.

Ustedes dirán que son estupideces de poeta. Lo concedo, y, sin embargo, hay algo que no puedo nombrar, que no me deja ir más allá de mi propio cuerpo. Me encierro en mí. Mi cuerpo es una palabra no articulada.

horno pan caliente pasteles cenizas ojos
manos pelos

Quemado

Quemado

Quemado

olores humores semen asco penetración
imposibilidad *mall* compra capital arcadas.

Madre = calcinada.

Madre = cenizas.

25

Mi madre desdentada.
 Mi madre bipolar.
 Mi madre que ya no es mi madre, ¿o sí?
 Mi madre ansiosa.
 Mi madre depresiva.
 Mi madre con veinte kilos menos.
 Mi madre callejeando.
 Mi madre pintando.
 La caligrafía de mi madre.
 Sus hermosos cuadernos de caligrafía.
 Mi madre mandando al diablo a sus hermanas.
 Mi madre mandándonos al diablo.
 (A veces mandar al diablo es lo mejor en un país injusto)
 Mi madre llorando por una escena de película.
 Mi madre terrible.
 Mi madre enferma.
 Mi madre sin seno.
 Mi madre aislada por tres días en una habitación de hospital.
 Mi madre radiada por un cáncer de tiroides.
 La risa de mi madre.
 Mi madre era un escándalo.
 “Mi madre era la risa, la libertad, el verano”.
 La rabia de mi madre.
 La locura de su madre.
 También la playa.
 El mar y un filete de corvina engullido hasta la cola.

 Y hoy va camino a su velorio.

33

Suffering is one very long moment.
 OSCAR WILDE

La muerte es obscena.
 Mi madre era un bulto en esa cama.
 Dos celulares conectados en la mesa de noche.
 Modelos que mañana serán basura tecnológica.
 Ninguno era suyo tampoco mío.
 Los enfermeros aprovechaban un agujero eléctrico
 donde conectarse.
 No con la luz.
 No con la luz.
 Por cierto, mi madre se llamaba Luz.
 Mi madre había sido mi madre por 45 años.
 Hoy estaba desconectada para aprovechar
 en cargar baterías de celular.
 Ahora era un bulto.
 No podía verla.
 No sabía qué había debajo de esas sábanas.
 No quería saberlo.
 Aunque luego la vi entrando al horno crematorio.
 Y sí era Luz.

Y hoy aún no lo puedo olvidar.
 [Naturaleza muerta]

VICTORIA GUERRERO PEIRANO (Lima, Perú, 1971). Obtuvo el Premio Nacional de Literatura 2020 con el ensayo transdisciplinar *Y la muerte no tendrá dominio* (FCE, 2019). Sus libros de poesía más recientes son *La mujer* (AUB, 2022), *I am no body* (Ateneo de la Laguna, 2021) y *Diario de una costurera proletaria* (Editorial Máquina Purísima, 2019).

***Sudamerican Rockers,* Los Prisioneros en el Estadio Nacional 2001**

Johanna Watson

En 2001 los medios anunciaban el gran evento de la década: Los Prisioneros, banda sanmiguelina que nos había hecho bailar, cantar y pensar en los años ochenta y noventa, volvería a tocar en vivo luego de diez años de separación. Aquello se materializaría con un gran *show* en el Estadio Nacional, el 1 de diciembre de ese mismo año.

Apenas lo supe, no lo dudé. Tenía que estar ahí. Mi admiración por la banda y su líder, Jorge González, ameritaba hacer todo lo posible por jugármela y ser parte de ese momento histórico. Los que fuimos adolescentes en los noventa y vivimos la escasez de los conciertos del trío lamentamos no tener la oportunidad que generaciones anteriores tuvieron: presenciar los *shows* en vivo de la banda. Había llegado el momento de concretar el sueño noventero.

El interés masivo por el evento era tal que comprar rápidamente la bendita entrada se convirtió en urgencia. Pero además con gran esfuerzo, ya que era estudiante universitaria y vivía sola, por lo que no contaba con muchos recursos. Aun así, lo logré, conseguí el *ticket* con destino a la felicidad. La ubicación: Cancha general. Tuve la entrada en mis manos con más de un mes de anticipación y sin tener acompañante, pero el concierto era tan apetecido por todos que no faltaría con quien ir.

En esa época estudiaba tercer año de Publicidad en el Instituto Duoc UC, en la Sede de Comunicaciones de San Carlos de Apoquindo, y tenía una amistad e incipiente romance con Gonzalo, un chico que estudiaba Comunicación Audiovisual. Durante ese mes, conversando con él sobre el concierto de Los Prisioneros, se entusiasmó y me aseguró que pronto compraría su entrada. Eso significaba, además, otro avance para mí: ya tenía acompañante y todo comenzaba a tomar forma.

Pasaron las semanas, los días, las horas; el concierto se acercaba y Gonzalo aún no conseguía su *ticket*. Ya en la recta final me impacienté y empecé a preguntarle cómo iba con su tema. Siempre tenía respuestas que me dejaban medianamente tranquila, pero volvía a la incertidumbre porque no concretaba la compra. El día anterior al evento me dijo que la conseguiría esa misma tarde, por lo que nos pusimos de acuerdo para almorzar juntos al día siguiente y salir con tiempo al estadio. En esa época aún no existía la Cancha Vip (sector delantero de la cancha que, por estar más cerca del escenario, las productoras separaron con nuevo nombre y costo adicional), entonces, estar adelante en un *show* tenía relación con tu amor por el grupo, pero además con lo temprano que habías llegado y lo dispuesto que estabas a aperrar entre la multitud para ver lo mejor posible.

Estaba superilusionada con el momento. Había llegado el esperado día. El punto de encuentro con Gonzalo sería en casa de mi abuela, que en esa época vivía en el centro, cerca del cerro Santa Lucía. La hora avanzaba y de mi amigo no había señal. Se hacía tarde. La idea era irnos con tiempo, tomar algo, entrar temprano al estadio y conseguir una buena ubicación.

Recibí un llamado. Era él, me decía que había tenido un problema y que aún no conseguía su *ticket*. Emputecida, le dije que

se apurara, que esto debía haberlo solucionado antes. Como no estuvo a la hora acordada, almorcé sola.

Finalmente, llegó a buscarme, pero tenía un problema: la entrada aún no estaba en sus manos. Lo puteé y odié infinitamente. No entendía qué hacía conmigo si aún tenía que ir por el *ticket*. Mientras lo esperaba, a regañadientes, le hice un sándwich con el pollo de la cazuela, que no se comió.

Ya solucionado el problema y con Gonzalo de vuelta, pensé que todo iría bien, pero la historia recién comenzaba. Eran las seis de la tarde aproximadamente y dimos por iniciada la caminata desde la pequeña y bella calle Guayaquil, en la comuna de Santiago, frente a la feria artesanal Santa Lucía.

El siguiente paso fue conseguir marihuana, lo que por suerte logramos rápidamente. Sólo fue cosa de acercarnos al primer artesano hippiente de la feria para que nos hiciera alguna movida, y ahí mismo nos abastecimos. Empezaba a gestarse el ritual preconcierto, la clásica “previa”. Por lo mismo, ameritaba también una dosis de cerveza, así es que compramos dos botellas de litro, la hidratación perfecta que necesitaríamos mientras avanzábamos rumbo al estadio, a pie, haciendo algunas paradas para fumar, tomar y conversar. Por supuesto, con menos tiempo del presupuestado.

Durante una de las paradas, dimos con un lugar que nos llamó la atención: era una casa antigua en una esquina. Miramos hacia adentro por la ventana y el panorama era lúgubre. Estaba lleno de figuras religiosas de yeso, a tamaño real. Todas estaban quebradas, con fisuras y grietas, con pedazos menos, miradas perdidas y brazos extendidos; aparentemente esperando ser restauradas.

Cuando llegamos al estadio eran aproximadamente las siete y media y estaba repleto de gente. El ambiente era muy agradable, se sentía en el aire la sensación de “vinimos todos”.

Había muchas personas que conocía, y mientras avanzábamos saludé a gente de distintos contextos y épocas de mi vida. Pero la misión era otra: encontrar el lugar indicado, adelante y firme junto a la reja de la cancha, en primera o segunda fila. No podía ser otro lugar porque, dada mi baja estatura, ver un concierto desde cualquier parte de la cancha significa una tortura, porque me aplastan, me ahogo y porque tampoco veo nada; por lo tanto, la reja es la salvación. Obviamente, esto estaba previamente conversado con mi amigo, habíamos acordado llegar juntos hasta esa ubicación.

Una vez adelante, nos encontramos con que estaba bastante ocupado, pero comenzamos a pedir permiso y a avanzar. En la medida en que lo hacíamos, la gente se ponía cada vez más hostil, con actitudes que rayaban en la mala educación. Nos hacían problema para avanzar, ponían sus cuerpos rígidos para que no pudiésemos pasar y nos decían hasta garabatos. Comencé a tener una serie de discusiones con algunas de estas personas, hasta que llegamos a dos mujeres que juntaron sus hombros y nos cerraron definitivamente el paso con actitud matonesca.

Mi amigo ya no quería luchar más, se conformaba con el lugar donde habíamos quedado. Pero yo no; de hecho, si el concierto hubiese empezado en ese momento, me habría aplastado la multitud y habría tenido que salir rápidamente de ahí.

En medio de la tirante discusión para que estas dos mujeres despegaran sus hombros y nos dejaran pasar, decidieron abrir el paso sólo para mí. En consecuencia, tampoco podíamos avanzar y se generó una discusión más enérgica con ellas. Ante la irreversible negativa, le dije a Gonzalo que pasara por otro lado y que yo lo esperaba exactamente en ese lugar.

Como si todos los astros se hubieran confabulado para hacer que mi desgracia fuera épica, él me dijo que no, que filo, que lo

dejáramos así, incluso me pedía que me devolviera y me pusiera junto a él. Evidentemente se había rendido a pocos metros de conseguir el objetivo.

Era pesadillesca la situación, pero todavía faltaba lo peor. Mientras le insistía para que pasara por otro lado y poder avanzar juntos los pocos putos metros que nos faltaban, Gonzalo se desmayó. Se desvaneció ante la mirada atónita de las mujeres. Lo tragicómico es que, por lo estrecho del espacio que había entre persona y persona, no tuvo espacio para caer al suelo, y por segundos quedó desmayado sobre una de las mujeres que nos tapaban el paso, y su cabeza reposó tiernamente en su hombro.

“Está drogado, está drogado”, se escuchaba el murmullo de distintas voces alrededor, igual que el chiste que el comediante Felipe Avello popularizó años más tarde en el Festival de Olmué 2018. Lentamente fue cayendo hacia el suelo apoyado en los cuerpos contiguos, hasta que las tipas me liberaron la pasada. Comencé a gritar pidiendo ayuda y, en un par de segundos, unos gallos que estaban cerca de nosotros lo tomaron en brazos, lo alzaron por sobre las cabezas de la gente y, con ayuda de varias personas del público, lo deslizaron comunitariamente hacia adelante, aún desmayado.

En ese momento toda la atención se centró en él, muchos lo insultaron y cantaron a coro “hueón, hueón” y también lo escupieron sin ninguna piedad. Del otro lado de la reja, los paramédicos lo esperaban con una camilla, y cuando lo recibían, torpemente, se les cayó. La humillación había alcanzado su punto más alto: desmayado, escupido, insultado y en el suelo, mientras despertaba de su pálida con el porrazo.

Mientras los paramédicos se lo llevaban, los guardias desde atrás de las rejas preguntaron: “¿Quién anda con él?”, y sentí que, a coro, todo el estadio gritó: “¡Ella!”. Obviamente todos me miraron, lo que me hizo sentir profundamente avergonzada. La gente

espontáneamente me abrió el paso para llegar hasta la reja. Fue un momento bíblico.

En la medida que caminaba escuché que me gritaron de todo, silbaron y no faltaron las frases subidas de tono. Entre gente del público y los guardias me ayudaron a pasar hacia el otro lado de la reja para estar con mi, para entonces, “examigo” en la carpa de primeros auxilios, mientras se acentuaban los gritos y las ganas de que me tragara la tierra.

La carpa estaba al costado del escenario. La hora del evento se acercaba y estábamos en una situación radicalmente inesperada y opuesta al panorama con el que venía soñando desde hace un mes. Cuando llegué, él estaba sentado, tomando agua, medio inconsciente aún, y su cara, cual Mike Patton, asquerosamente llena de escupitajos. Daba entre pena y profundo asco. Para colmo, tuve que limpiarlo yo, con unos algodones untados en agua que le pedí a una enfermera.

La verdad es que no fue un acto muy heroico. En ese momento lo limpié porque era francamente indigno que estuviera así, con su cara escupida, pero por otro lado estaba furiosa porque me había echado a perder el día que con tanto anhelo esperé.

En eso estábamos cuando se apagaron las luces del estadio, se sintió un grito ensordecedor y comenzaron a sonar los primeros acordes de *La voz de los '80*. Salí de la carpa corriendo y saltando, pero la vista era paupérrima. Estábamos en el costado del escenario y, dadas las circunstancias, no había ninguna regalía por haber llegado hasta ahí. Entonces, pasó lo inesperado: Gonzalo salió corriendo de la carpa, se puso a cantar y a saltar al lado mío, como si nada hubiera pasado.

Como lo vi recuperado, le dije: “Ya, vamos al público”. Corrimos, nos metimos superfácil esta vez entre la gente que estaba frenética coreando la canción. Él iba feliz, saltando, lleno de energía.

Esa actitud me desconcertó y me enojó aún más. Había pasado un tremendo mal rato por su culpa, empezando por todo lo que se demoró en comprar la entrada, para finalmente hacerlo el último día y contra el tiempo. Por él no había podido llegar a la reja en su debido momento, ya que había cedido a la presión de las tipas que nos bloquearon el paso, y, para peor, me perdí el comienzo del recital, tuve que soportar la humillación del estadio, limpiarle los escupos de la cara... ¿Y ahora saltaba feliz?

Avancé entre la gente, pasé al lado de todos los que nos hicieron problemas al principio, incluyendo las siamesas de hombros inseparables. Ya nadie nos miraba siquiera. Claro, con la magia de la música y la emoción colectiva, todas las malas ondas se habían disuelto, la gente gritaba y saltaba coreando los himnos que habían musicalizado la infancia y adolescencia de todos los que estábamos ahí.

El sueño se materializaba: sobre el escenario, Los Prisioneros tocaban para nosotros.

Fue un momento histórico para la música nacional, los que presenciamos esa jornada de *rock* fuimos testigos de cómo el fervor y la magia que comenzaron con esos primeros acordes cambiaron la energía del estadio.

Rápidamente llegué adelante, agarrada de la reja, como quería desde el comienzo, donde grité, canté y salté todo lo que la emoción me permitió. Desde ahí podía ver bastante bien y de cerca a la banda, y, sinceramente, ya no me preocupé más de Gonzalo, si venía o no conmigo, si le hacían problemas para pasar o se desmayaba. Había sido suficiente. Soltarlo fue liberador, el momento de mayor lucidez que tuve ese día. De hecho, estuvimos separados durante todo el concierto, y cada cierto rato nos hacíamos señas a distancia.

Me concentré en el *show*, descubrí que *El baile de los que sobran* lo tocaban con melódica. Quedó en mi memoria la camisa

roja de Narea, las trenzas de Tapia y el poder sobre el escenario de Jorge González, quien lideró esa tarde de verano uno de los conciertos más importantes de la década. En una sola voz el estadio coreó cada una de las canciones que el trío escogió para hacer historia esa noche.

Terminó el concierto y caminé con Gonzalo hasta la avenida Irarrázaval. No recuerdo bien qué hablamos en el camino; seguramente comentamos sobre las canciones que sonaron durante la jornada. Recuerdo la sensación de que cualquier chance de romance que pudimos haber tenido había muerto. La magia entre él y yo se había roto, al igual que las figuras de yeso que vimos en la tarde.

Era inevitable. Después de esa catarsis y experiencia musical, mi sentimiento era muy parecido a lo que sentí diez años antes, cuando por primera vez vi en vivo y allí mismo a Guns N' Roses. Un sentimiento de comunión musical, de pertenencia, y a la vez de distancia con quienes no saben transitar en ese hábitat que para mí era naturalmente mi mundo.

En diciembre de 2021 se cumplieron veinte años de este concierto. Crístopher Rodríguez realizó un reportaje para conmemorar el hito en la revista Rockaxis, con testimonios de los músicos de la banda y diversos periodistas, donde fui una de las consultadas.

JOHANNA WATSON (Santiago de Chile). Publicista y periodista musical. Ha publicado en medios chilenos, como *Rockaxis*, *El Dínamo*, *Culto*, *La Tercera*, *The Clinic*, *El Desconcierto*, *El Mostrador*, *La Voz de los que Sobran* y *Música Popular*; en el sitio peruano *Garaje del Rock*; en la revista española *Zona de Obras*; y en la revista californiana *La Banda Elástica*. Escribió en los libros colaborativos *Un paso adelante* (2022), *Canciones de lejos* (2021) y *Mayoría equivocada* (2023). Es autora de *Lado B*, *Crónicas, entrevistas y reportajes musicales* (Ocho Libros, 2023).

Altruismo*

David Roas

Sobrevivir a cualquier precio. Sobrevivir aun a costa de nuestra misma especie. Sobrevivir porque eso está en todas las naturalezas.
 CECILIA EUDAVE, "Sobrevivir..."

Sentado en la parte más alta del tobogán, el niño era la viva imagen del desconsuelo. O así quise verlo. Cinco años, rostro exánime, ropita sucia y desgarrada. Pero no soy un ingenuo: sé lo que haría si pudiera alcanzarme.

Del niño también me fascinó su inesperado comportamiento. Cuando un adulto pasaba a su lado, trataba torpemente de agarrarse de su mano. Imperturbable, el elegido se soltaba y continuaba su errático deambular. El niño volvía a intentarlo con otro. Cuando se quedaba solo —nunca abandona el parque—, se encaramaba en el tobogán.

Todavía sigue haciéndolo. Y yo aún espero —sé que es absurdo— que alguna vez se deslice por él.

Desde mi ventana pude contemplar cómo las bestias devoraron a varios de mis vecinos. Aunque no puedo ocultar que en algunos

* Publicado en el libro de David Roas *Invasión* (Páginas de Espuma, 2018).

casos me alegré: la quiosquera y su voz insoportable, el niño del quinto (por fin su moto dejaría de despertarme de madrugada), los dos *hipsters* cretinos del restaurante de la esquina. La epidemia al menos sirvió para inyectar un poco de justicia poética en el barrio.

Todo eso fue antes de que se produjera el éxodo masivo y las calles quedaran en manos de las alimañas. El contagio fue tan veloz que ni siquiera dio tiempo a que se produjesen los esperados saqueos.

Son ya siete meses de encierro. Sin electricidad, es imposible saber qué ocurre más allá del parque que rodea nuestro edificio. Soldados y policías dejaron muy pronto de patrullar: los que nos quedamos ya no éramos responsabilidad suya.

Aunque no creo que el destino de los que se fueron haya sido mejor que el nuestro.

Añoro las tardes en las que podía pasear por el parque. Sentarme en un banco sin preocupaciones, sin pensamientos. Con el sol acariciándome la cara.

Siempre he sabido que todo esto era efímero, que, con suerte, tendría algunos meses de prórroga ante una muerte anunciada. Sed, hambre, enfermedad. Mi intención desde el primer día ha sido vivir tranquilo antes de que el plazo se cumpla.

Vivir sin futuro no ha estado mal. Como el niño, al que nada preocupa.

¿Para qué huir? Abandonar la ciudad, renunciar a la segura protección de mi edificio, significaba tener que localizar nuevos lugares donde ocultarse temporalmente para luego volver a escapar. La incesante búsqueda de agua y comida. Evitar a las bestias. Sufrimiento por sufrimiento, opté por quedarme en mi casa.

No sentí ni tristeza ni desesperación. Todo lo contrario. Las primeras semanas las dediqué, feliz, a leer, dormir, saquear los apartamentos abandonados. La precipitación de los vecinos fue mi aliada, pues dejaron frigoríficos y despensas repletos. Todavía visito las viviendas vacías en busca de libros, alcohol, pastillas para dormir.

Desde que descubrí al niño, también dediqué parte de mi tiempo a espiarlo desde la ventana. Me fascinaba y horrorizaba a la vez. Es el primero que ha aparecido por el parque.

Cuando estalló la epidemia, la mayoría de mis vecinos, obedeciendo las consignas del gobierno, salió de estampida. No sentí pena alguna.

Por fin había silencio en el edificio. Sin niños gritones, sin parejas insultándose en plena noche, sin televisores atronando. Nunca había sentido una calma tan agradable.

Lástima que durase muy poco. Cuatro deliciosas semanas. Un breve espejismo tras el cual mi ordenado universo empezó a resquebrajarse.

Extinguido ese plazo, me sentí como Burgess Meredith en uno de mis capítulos preferidos de *The Twilight Zone*: en él encarna a un insaciable lector que, tras el apocalipsis nuclear, se queda solo,

feliz de saber que ya nadie le molestará y podrá dedicar todo su tiempo a leer. El desenlace de la historia es perversamente irónico: se le rompen las gafas.

A mí el azar me reservaba algo peor: seis insoportables ancianos.

Nadie me obligó a hacerme cargo de ellos. Lo hice por pura subsistencia física y, sobre todo, mental. Ocuparme de aquellos carcamales evitaría —gran error— que se inmiscuyeran en mi vida.

Durante esas cuatro paradisíacas semanas, había podido evitarlos. Pasaba días sin verlos. No me molestaban. Abandonados por sus familiares en la soledad de sus pisos, los seis ancianos (un matrimonio y cuatro viudas) asumieron con docilidad las normas que les impuse. Si quería vivir tranquilo, era esencial tenerlos controlados, lo que implicaba suministrarles agua y comida y, sobre todo, convencerlos de que no abrieran la puerta de la calle. No me preocupaba su seguridad, sino la mía. Como no me fiaba de ellos, la bloqueé para impedirles que pudieran cruzarla. Si querían salir, que saltaran por las ventanas. No lo iba a impedir. Cuantos menos compañeros de encierro, más agua y víveres —más tiempo— para mí.

¿Por qué el niño se queda en el parque? ¿Por qué no se une a la manada? ¿Qué lo retiene allí? Las películas nos han enseñado que esas bestias no piensan, que no tienen emociones ni recuerdos. Ficciones. Quizá quede en su cerebro un atisbo de memoria que lo ata al lugar en el que solía jugar antes de la epidemia. O quizá me lo invento. Lo cierto es que no abandona nunca el parque. Verlo sentado en el tobogán es una imagen inquietante.

Pero al mismo tiempo ver al niño me tranquilizaba, y lo sigue haciendo. Lo primero que hago cada mañana —desde el primer día en que se instaló en el parque— es asomarme a la ventana y comprobar que sigue ahí. Porque también ha nacido en mí un nuevo temor (absurdo, lo sé): que el niño desaparezca. Me he acostumbrado a él, a cuidarlo en la distancia.

El suministro de agua y gas, como el de electricidad, no tardó en interrumpirse. Al principio fue un engorro cocinar en pequeñas hogueras (por suerte, teníamos una abundante provisión de puertas y muebles). Los ancianos no tardaron en acostumbrarse. Sólo tuvimos dos pequeños incendios, que pude controlar sin demasiados problemas.

Reconozco que mi —nuestro— encierro no hubiera sido igual sin la tienda del pakistaní de la planta baja. Fue el último en marcharse. Nunca había visto cerrado su negocio. Tras mucho esfuerzo, tratando de no delatarme con el ruido, logré forzar las rejas de la ventana de la tienda que da al patio de luces. Al ver lo que aquel tipo tenía allí almacenado, lloré como un niño.

Por suerte, los ancianos no podían acceder a la cueva del tesoro. No sé qué hubiera ocurrido con gente más ágil. Sin embargo, no eran tontos: sabían que dependían de mí y no protestaron por el estricto racionamiento al que empecé a someterlos. Aunque eso no les impidió convertirse en una auténtica tortura.

Solían reunirse en el apartamento del matrimonio del principal hasta la caída del sol. Pese a los cinco pisos de distancia, llegaba hasta

mí el ruido de los cubiletes cuando jugaban al parchís, el rumor de risas inesperadas. Como si en las calles no se hubiera desatado el apocalipsis, como si estuvieran de vacaciones con el Inserso.

Supongo que pagaron conmigo la decepción de no ser rescatados por sus hijos tal y como estos les habían prometido. Yo, para tranquilizarles, insistía en que quizá sus familiares ya habían sido devorados, que ellos habían tenido más suerte quedándose en nuestro seguro edificio. No sé si me creyeron, pero su aparente afeblimiento pronto se transmutó en una sucesión de exigencias sin fin.

Al menos siguieron realizando las dos tareas esenciales que les encargué: vaciar los cubos de excrementos y recoger agua de lluvia.

La vieja del entresuelo fue mi peor pesadilla. La mujer vivía aterrorizada ante la posibilidad de que los monstruos asaltasen su hogar. No dejé de repetirle que las verjas de sus ventanas eran infranqueables para aquellos descerebrados, que si tenía miedo se mudase a uno de los muchos apartamentos vacíos de los pisos superiores, pero la horrible anciana no quería abandonar el lugar en el que había vivido los últimos cincuenta años. Cada noche me obligaba a revisar habitación por habitación —con ella cojeando a mis espaldas—, como si aquellas bestias tuvieran el ingenio o la paciencia de esconderse en la oscuridad para esperarla, cuando lo suyo es la acción directa. Por suerte, no duró mucho.

Ahora ya sólo quedan cuatro. Y muy pronto serán tres. El hambre y la edad han jugado a mi favor.

No fuimos los únicos del barrio en quedarnos. Al otro lado del parque he visto ventanas iluminadas. Luces tan lejanas como

planetas. Nunca he tratado de comunicarme con ellos. ¿Para qué? Allí habrá otros como yo, atrapados, luchando por sobrevivir día a día, seguramente cuidando de carcamales insoportables. Ya tengo suficiente compañía con los míos. Y encima tendríamos que compartir nuestras provisiones. Tiempos crueles, medidas crueles.

Conforme pasaban las semanas, empezó a inquietarme que el niño no comiera. Quizá se alimentaba cuando yo dormía o en los momentos en los que me alejaba de la ventana. Pero nunca lo vi comer. Y nunca abandonaba el parque. Demasiado pequeño para poder cazar, demasiado débil para competir con los adultos por un pedazo de carne.

La primera en caer fue la vieja del 2º-2ª. Una boca menos a la que alimentar y dar de beber. Tras un rápido velatorio, tuve que ser yo el que se encargara del problema.

Estaba a punto de lanzar el cadáver por la ventana, cuando vi al pobre niño sentado sobre el tobogán. Entonces supe lo que debía hacer.

Trocearla no fue nada fácil. No sólo por el asco (con el tiempo he dejado de sentirlo), sino por el laborioso trabajo que implica descuartizar un cuerpo humano con la sola ayuda de un cuchillo jamonero y de una pequeña sierra. Y, encima, tratando de hacer el menor ruido posible para no alarmar a los ancianos.

Convenientemente despedazado, el cuerpo me permitió alimentar al niño durante un mes. Las neveras de la tienda, aunque no funcionaban, al menos cerraban herméticamente. Y a él no le iba a importar el estado de la carne.

Lo más difícil fue entregarle la comida. Me aterrorizaba volver a salir a la calle. Estudié las idas y venidas de los adultos. Aunque, como era lógico, no tenían un horario para hacerlas, pude comprobar que cuando se ausentaban, tardaban varias horas en volver. Alimentarlo a solas, además, impediría que sus congéneres le arrebatasen la comida. Busqué la ventana más próxima al parque, pero me fue imposible alcanzar el tobogán: el antebrazo de la anciana cayó muy lejos del niño y este ni se enteró de su presencia.

Debía ser yo el que se acercara. Me asomé por varias ventanas para comprobar que el niño estaba solo. La sensación de pisar por primera vez la calle tras varios meses de reclusión fue muy extraña. Y excitante. Me acerqué en silencio, despacio. Fue su olfato el que primero me localizó. El niño se irguió como un resorte, pero antes de que saltara del tobogán, le arrojé mi carga y eché a correr.

Desde la seguridad de mi ventana, me tranquilizó verlo comer. Aunque su cara no mostraba emoción alguna, a mis ojos el pobre disfrutó de aquellas vísceras como cualquier niño con su pastel de cumpleaños. La misma ansia, el mismo masticar a dos carrillos. Ni siquiera la imagen de su boca chorreante de sangre al arrancar pedazos de hígado empañó mi felicidad.

No sé si fue casualidad, pero desde la muerte de la del 2º-2ª los viejos se volvieron aún más insoportables. Debieron pactarlo durante alguna partida de parchís, pues sus visitas a mi apartamento se hicieron mucho más frecuentes. Habían decidido no dejarme tranquilo. Siempre venían en parejas a soltarme su retahíla de lamentos. O de batallitas. No había manera de echarlos. No abrirles tampoco funcionó: se quedaban allí durante horas —no tenían nada mejor que hacer—, llamando a la puerta, gritando mi nombre. La cosa no terminaba ahí: todos querían el mismo “trato

de favor” que le estaba dando a la loca del entresuelo. De pronto, todos tenían pavor a que los monstruos los devorasen mientras dormían.

Amenacé con cortarles el suministro de víveres. Ellos me amenazaron con cortar la cuerda cuando me deslizara hasta la cueva del tesoro.

Empecé a envidiar al niño. Su vida no parecía tan mala. Todo el día en el parque, sin obligaciones, sin preocupaciones, sin carcamales que vigilar. Sin pensar.

No fue difícil arrojar por el hueco de la escalera a la vieja del entresuelo. Lo que más me costó fue decidirme a hacerlo. Ninguno de los ancianos sospechó de mí. Todos asumieron que fue culpa de su cojera. Hacía días que casi no salía de casa. “Le dolía mucho la pierna al caminar”, apostilló la del 3º-1ª. “Seguro que la pobre debió tropezar al intentar bajar la escalera”. Pero no lo hice sólo por venganza: hacía una semana que se me había acabado la del 2º-2ª y el niño debía de tener hambre. Eso sí, reconozco que disfruté troceándola para alimentar a mi pupilo.

Las reservas del pakistaní han empezado a agotarse. Poco a poco he ido reduciendo la cantidad de agua y comida que les doy a los viejos. También es una manera de castigarlos. Y ni siquiera se enteran de ello. Pese a todo, han comprendido que debemos racionar todavía más los escasos víveres que quedan en la tienda. Aunque no han parado de protestar desde que he empezado a dejarles junto a sus puertas paquetes de galletas, bolsas de patatas

fritas, chucherías. La comida de verdad la reservo para mí. Desde entonces, cocino en la azotea para que no me pillen. Pero esto no puede durar mucho más.

Cada vez que le bajo un trozo de carne al niño es como si fuese la primera. Nuestra coreografía es siempre la misma: me acerco lentamente, él me localiza, se incorpora como un rayo, pero antes de que salte del tobogán para perseguirme, le arrojo el trozo de cadáver y escapo corriendo hacia el portal. Sin memoria, todo es más fácil para mí. También soy —por ahora— mucho más rápido que él.

Quizá me engaño, pero el niño tiene un aspecto cada vez más saludable. Parece más gordito, menos debilucho. No sé si estos monstruos crecen, pero lo que sí es cierto es que ya no luce aquella pinta de Oliver Twist que tenía al principio. Con un bañito y el pelo peinado, casi parecería un niño normal.

Un mes después, consumido el último trocito de la anciana del entresuelo, he tenido que escoger un nuevo cuerpo. El azar ha dictado que sea el matrimonio del principal. De ambos, el que parecía llevarlo peor era el marido. Se quejaba de dolores en el pecho, de que le costaba respirar. Sin saberlo, se estaba ofreciendo para el sacrificio. Y como dejar con vida a la inminente viuda resultaría insoportable, lo he preparado todo para que parezca un suicidio doble. La del 3º-1ª ha vuelto a ser mi involuntaria aliada: “Don Antonio no estaba nada bien y doña Patro lo quería tanto”.

Racionándolos, los dos carcamales me proporcionarán dos meses de tranquilidad.

Las dos supervivientes cada vez molestan menos. Desaparecidos los del principal, pasan el día encerradas en sus respectivos pisos. Las pocas veces en que me cruzo con ellas, ya ni me saludan. La estricta dieta no ha tardado en pasarles factura. Delgadas, sin energía, parecen almas en pena. No tardarán mucho en convertirse en alimento para el niño.

Esta mañana he bajado a la tienda del pakistaní y ya no queda nada para comer. No hay vuelta atrás. Huir no va a servir de nada. Esto no es una película de Hollywood.

Resulta extraño volver a caminar por el parque. Me acerco al tobogán. El niño sigue solo. Me invade una gran serenidad.

El plan es sencillo. Dejar que me muerda y volver corriendo al edificio. La infección no tardará en extenderse por mi organismo. Las dos viejas aún siguen vivas: al menos durante un tiempo no tendré que pelearme por la comida. Y después podré regresar a mi parque añorado.

Si en mi cerebro descompuesto queda un atisbo de memoria, no soltaré su mano.

Quizá podamos compartir el tobogán.

DAVID ROAS (Barcelona, España, 1965). Es autor, entre otros libros, de *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico* (Páginas de Espuma, 2011; IV Premio Málaga de Ensayo), *Distorsiones* (Páginas de Espuma, 2010; ganador del VIII Premio Setenil al mejor libro español de cuentos del año), *La estrategia del koala* (Candaya, 2013) y *Cronologías alteradas. Lo fantástico y la transgresión del tiempo* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2022).

Los Quilmers (fragmento)

Leandro Ávalos Blacha

4

Mientras la gente volaba hacia las luces del cielo, la criatura había aparecido tomada de la mano del oficial Gutiérrez. Con su tacto le transmitió: “Tranquilo, no soy un chico perdido que te agarra por error. Soy un extraterrestre. No hay motivo para tener miedo”. Gutiérrez no dudó. Las palabras se instalaron en su mente como una verdad. Era bajo de altura. Una especie de niño verde, rellenito. La mitad superior de su cabeza era transparente y dentro se veía el movimiento de una sustancia gaseosa. Tenía ojos pequeños. Ínfimos. Gutiérrez lo tomó de los brazos y lo llevó a un costado para que no los aplastara la gente. Entonces lo agarró del cuello. Le pidió repetidas veces que hablara. De qué planeta era, qué querían, adónde se llevaban a las personas. Habían arruinado los fogones. La criatura no contestaba. Sólo repitió su mensaje, que a Gutiérrez le hizo aflojar la presión con la que empezaba a ahorcarlo: “Tranquilo, no soy un chico perdido que te agarra por error. Soy un extraterrestre. Pero no hay motivo para tener miedo”. Gutiérrez lo soltó y trató de cubrirlo con el cuerpo. “Acá Gutiérrez, necesito refuerzos”, avisó por radio. Pese al caos y las corridas en la calle, algunos repararon en el visitante. Se interpuso para protegerlo. La gente le sacaba fotos y lo filmaba. Otros reaccionaban más violentos. Lo insultaban. “¡Devuelvan a los nuestros, hijos de puta!”.

Una botella cayó cerca de ellos y lastimó a una mujer. Gutiérrez sacó el arma y disparó al aire. El visitante desapareció. Antes le aseguró al oficial que reaparecería.

Las luces de los invasores ya no se veían, pero la mayoría de los oficiales seguía en las calles de Bernal intentando controlar los desbordes y la histeria colectiva. Había llegado un apoyo de Gendarmería. Gutiérrez fue a la comisaría y contó lo sucedido. Lo sentaron en un despacho lleno de gente y debió repetir la historia varias veces. Para sus colegas, para los superiores, para los que llegaban de la intendencia, del gobierno, de la Unqui. Él catalogó a la criatura como “niño marciano”. “¿Le dijo que venía de ahí? ¿Que era un chico?”, le preguntaban los científicos. Gutiérrez no se acordaba. Dijo que sí. Si volvía, había que estar listos para recibirlo. No sabían cómo tratarlo ni qué ofrecerle. No existía un protocolo para la situación. “Tiro en la cabeza” pedían los policías furiosos. Con esa hostilidad no era el mejor clima para que la criatura apareciera y se sintiera cómoda. Uno de los presentes sugirió que dejaran solo al oficial. Pasaron varias horas. Ante la falta de novedades le permitieron a Gutiérrez que volviera a su casa. Si no fuera por los videos que circulaban de la gente sobre la criatura, algunos hubiesen dudado de que Gutiérrez decía la verdad. Tenía fama de borracho. Gutiérrez vio las llamadas perdidas de Mimí. Estaba preocupada. Le escribió que llegaría en media hora. Con las calles cortadas, le costó mucho transitar. Debió hacer la vista gorda a algunos desmanes. La familia lo esperaba en la puerta. Gutiérrez los sentó en el comedor y los puso al tanto de la situación. Mimí parecía aterrada. “Es un bicho horrible, no voy a mentir, pero no es malo”,

dijo Gutiérrez. No estaba seguro de eso. La criatura podía estar mintiendo sobre sus intenciones. Se quedaron mirando las noticias. En todos los canales transmitían desde Bernal. Mimí le dijo a Brian que era hora de dormir. Cuando la mujer fue hacia el cuarto pegó un grito. El visitante dormía en la cama del matrimonio.

El marciano se movió por la casa con confianza. Revisó todo. Placares, cajones, heladera, *freezer*, alacena. Dejaba las cosas revueltas, fuera de lugar. A la familia no le prestaba atención ni les hablaba. Gutiérrez tenía que controlarse. Le daban ganas de golpearlo hasta que explicara lo que le habían hecho a su gente. Por qué lo dejaron a él ahí. Por qué en Bernal. Mimí lo calmaba. “Sos el embajador de la humanidad”, le recordaba. Gutiérrez avisó a sus superiores de la aparición. Tenía la orden de cuidar al marciano mejor que a su propia vida. “Me está dando vuelta la casa”, se quejó. No importaba. Enseguida llegaron profesionales para ayudar. Lingüistas, médicos, psicólogos. En la puerta instalaron patrulleros para proteger a la familia de cualquier amenaza. Tenían prohibido hablar del tema con extraños.

Con el correr de los días, aquella atención no pasó desapercibida entre los vecinos. No era fácil controlar al marciano. Aunque tuvieran todo cerrado con llave, la criatura se desintegraba, desaparecía y aparecía en el patio, en la esquina, en el medio de la calle. También era descuidado. Utilizaba esa técnica para salir, pero después volvía a lo de los Gutiérrez y tocaba el timbre para entrar, como cualquier persona. Gutiérrez explotaba de bronca. “Oíme, pelotudo, ¿no te das cuenta de que así los otros ven que estás acá?”. El marciano lo miraba mudo. Lo siguió haciendo como de costumbre. Pronto circularon los

videos que registraban su presencia en las calles de Bernal y en la casa de la familia. Los Gutiérrez tuvieron que mudarse con regularidad, siempre en el mismo barrio.

El bicho se pegaba bastante a su hijo. Mimí decía que quizás la compañía le hacía bien a los dos. Al marciano le ayudaría a socializar con humanos. Todavía no se abría ni hablaba con nadie. Brian tampoco tenía amigos. Lo consideraban raro. Caía fácil en peleas. Eso a Gutiérrez no le molestaba. Servía para moldear el carácter. Pero no podía conectarse con él. Estaba convencido de que lo arruinaron al bautizarlo con ese nombre extranjero, horrible. Un capricho de su mujer. Y que el marciano lo arruinaría un poco más. En vez de devolverlo al mundo, lo alejaría hacia la fantasía. Al chico le gustaban esas cosas. Las naves. Las historias de guerras entre planetas. Mimí le pedía al marido que fueran precavidos. Que nunca los dejaran solos. Sus emociones respecto al visitante fueron cambiantes. Por un momento, lo odió. Parecía que nunca se iba a ir. Mimí llegó a ponerle pequeñas dosis de veneno para ratas en su comida. Si moría, terminaría el calvario. Pero el marciano jamás demostró ningún signo de malestar. Y ella se sintió culpable. Al terminar de comer, la criatura hacía gestos que Mimí interpretaba como un agradecimiento a su cocina. Un día, el marciano se había levantado de la mesa para salir a la calle. Mimí lo corrió. Cuando volvió a la mesa, el gato estaba sobre los platos, terminando la comida del visitante. Al rato cayó muerto. No sólo muerto. Quedó duro, en una posición extraña. Mimí se preguntó si eso delataría el envenenamiento. Corrió al jardín para enterrar al gato. Lloraba de los nervios. El marciano apareció a su lado. Extendió su manito y tocó al animal muerto. El gato se sacudió. Estiró el cuerpo, como al despertar de una larga siesta. Después fue a tirarse al sol.

De la alegría, Mimí abrazó al niño marciano. Ella también sintió un sacudón. Un cosquilleo que le recorría el cuerpo entero. Le agradeció lo que hizo y lo soltó. Mimí se fue a acostar, aunque no pudo pegar un ojo.

Nunca mencionó el episodio del gato a nadie. El visitante ahora se le hacía agradable. No era mala compañía. Inquieto, pero educado. Si bien no hablaba, se hacía entender. Arreglaba cosas de la casa si ella se las mostraba. Bastaba con que las tocara para reparar grietas en las paredes, humedad, filtraciones. Le gustaba la música alegre. Mirar televisión. *Realitys* sobre todo. O *Talk shows*. También la acompañaba cuando ella se ocupaba del jardín. El marciano se divertía revolcándose en la tierra, en el barro. Mimí ya no se enojaba si después le ensuciaba la casa. No tenía dudas de que el crecimiento de sus plantas se debía a algo que él provocaba.

Gutiérrez no estaba tan feliz. Le molestaban los arreglos. “No me gusta que se meta en las cosas de casa”, se quejaba. “Que pague sus gastos entonces”. A Mimí no le parecía justo. Gutiérrez recibía un bonus en su mensualidad para cubrir el mantenimiento de la criatura. “Eso lo paga el pueblo argentino”, remarcaba él. “En ese bicho se van nuestros impuestos”. Mimí no respondía. Gutiérrez le mostraba a diario las noticias. Los nacionalistas eran cada vez más extremos en sus reclamos. Pedían respuestas del visitante y su cabeza. Trataban de averiguar dónde lo escondía el Estado. “Un día nos van a volar la casa”. En la fuerza también había gente que lo presionaba. Le pedían que no fuera cagón, que lo entregara. Estaba protegiendo al enemigo. Sabían que era un hombre de bien y que haría lo correcto.

Mimí no lo dijo con esa intención. Sólo comentó que se sentía muy contracturada. Se tocó la nuca y soltó una queja de dolor. Sin que

se diera cuenta cómo, apareció recostada en el sillón del *living* y el niño marciano comenzó a masajearla. Mimí sintió que los nudos y las tensiones que acumulaba el cuerpo se disolvían y se sacaba años de encima. Las manos del marciano eran pequeñas, casi invisibles en la vida cotidiana. Mimí nunca había reparado en ellas. En su espalda se sentían enormes. Hacían una presión suave sobre los puntos que le causaban dolor y, enseguida, le provocaban alivio. Mimí se olvidó de todo lo que pasaba alrededor. Si estaban los custodios, o los científicos, si había dejado tareas a medio hacer. Se durmió profundamente. La despertó la voz de Gutiérrez cuando cerró la puerta de un golpe. Ella seguía en el sillón. Habían pasado dos horas. “¡Negra!”, la llamó. Mimí se despezó y se levantó de un salto. Se acomodó el pelo. “¿Te hiciste algo?”, le preguntó Gutiérrez cuando le llevó el mate. Mimí negó y se fue al patio a regar las plantas. Gutiérrez la escuchó silbar.

Cuando comían, Gutiérrez le decía al marciano que mirara las noticias y se informara del mundo en el que vivía. También veían algunos programas viejos de *Volver*, como “Policías en acción” o “Calles salvajes”, de Martín Ciccioli, para mostrarle el trabajo de policía y la realidad oculta de la Argentina. A veces daba la impresión de que el marciano miraba la transmisión interesado. Su atención duraba poco. Menos que la de un chico. Un psicólogo le recomendó a Gutiérrez que nunca le mostrara los momentos en los que aparecían los nacionalistas. Las protestas en su contra podían traumarlo. Gutiérrez ya no le prestaba atención a los especialistas. Ninguno de sus disparates había funcionado. Tenían al invasor en una burbuja de cristal y fueron demasiado pacientes con él. ¿Algún día les iba a dar algo a cambio? ¿Tecnología? ¿Avances en

medicina? Quizás necesitaba un *shock* de realidad. Un día el oficial decidió llevarlo en la ronda en su patrullero. A Mimí le pareció una locura. Gutiérrez no le prestó atención. Fueron a la comisaría. Aunque el visitante no era querido, lo recibieron muy bien. Saludó a los policías. Se sacó selfis con los comerciantes de la zona. Después siguieron la marcha. Tenían que atender un asunto en el Triángulo de Bernal. Un grupo de vecinos intentaba cortar Dardo Rocha. Se quejaban por la aparición de unas alimañas salvajes y grandes como perros. Salían por las bocas de tormenta. En el predio vecino a la subida del acceso sudeste habían instalado algunos juegos de feria. Una rueda de la fortuna. Una pequeña pista de autos. Una carpa modesta para algunos espectáculos circenses de acrobacia y magia. El mago tenía unos conejos para sus trucos. Los bichos se los habían devorado. Gutiérrez miró al marciano. “Este despelote lo armaron ustedes, ¿no?”. El visitante soltó un ruido que los investigadores interpretaban como risa, y se hizo humo. Gutiérrez dio aviso a todos sus colegas de inmediato. “¡Se escapó el marciano!”. A una cuadra se oyeron bocinazos y el choque de varios autos. El marciano corría entre ellos, persiguiendo a una moto que se daba a la fuga por Calchaquí. El conductor intentó alejarse, pero el marciano se le apareció de frente y lo hizo perder el control. La moto voló. El niño marciano agarró el bolso ensangrentado del conductor y se lo dio a Gutiérrez. Estaba lleno de plata. Venían de cometer una salidera bancaria.

El descuido de Gutiérrez no fue pasado por alto, pero se lo perdonaron por el resultado de la acción del visitante. La fuerza policial lo distinguió con una medalla. El marciano se veía contento. Por primera vez Gutiérrez sentía que interactuaban entre sí. Se lo hizo

notar a los superiores: “Ahí tienen. Tanto título los de la Unqui, ¿y...? Lo que necesitaba era estar entre hombres de verdad”. El marciano empezó a salir con ellos. De un momento a otro desaparecía para interceder en algún delito. Era experto en detectar motochorros. Pero también asaltos en la calle o en casas, peleas callejeras, discusiones hogareñas violentas. Sólo en una ocasión el marciano se excedió y bajó a unos jóvenes a los tiros. Nadie sabía de dónde sacó el arma. La noticia no trascendió. Por unos días le pidieron que se quedara nuevamente en la casa.

El rato que Alfie no estaba, Mimí lo extrañaba. Así lo llamaba ella. De todas formas, aunque el marciano saliera con los policías, en algún momento se hacía humo del patrullero y se presentaba en el domicilio de los Gutiérrez. Brian estaba en clases; Mimí, en la cama. Si dormía, la despertaba con suavidad y se recostaba con ella. Mimí perdía la consciencia del tiempo cuando hacían el amor. Trababa todas las puertas. Bajaba las persianas. Ponía la tele fuerte para que nadie escuchara sus gritos. Nunca había conocido algo así. Alfie no era niño ni marciano. Tenían buenas charlas a la siesta. Alfie le halagaba lo rico que cocinaba, lo divertida que era la televisión de acá, lo bruta que era la policía y su marido. Mimí le pegaba en el hombro con cariño. Sabía que Alfie tenía razón. Empezó a mostrarle imágenes de su mundo. Mimí pensaba en Brian. Parecían escenarios de todas esas películas que él veía, con naves volando de un lado a otro. “¡Es hermoso!”. Alfie le mostró a su familia. Su hogar. Un día le hizo saber que se estaba enamorando de ella y que se la pensaba llevar de la Tierra. Mimí lo miró espantada. “¡¿Llevarme?! ¿Cuándo?”. No podía decirle que sí. No podía dejar a Brian con Gutiérrez, sería una tortura. Alfie le preguntó

por qué no llevarlo con ellos. Le pidió que lo pensara. Mientras recibía sus pensamientos, Mimí notó que Alfie tenía otra erección y estaba listo para continuar.

El primero en descubrirlos fue Brian. Llegó temprano del colegio. Con los gritos de Mimí, no lo escucharon abrir la puerta ni caminar por el pasillo, algo preocupado por lo que oía. “¿Maaaa?”, llamó dos o tres veces, hasta llegar al cuarto. Mimí no lo vio. El chico salió de la casa y regresó en el horario habitual. A su vuelta, el marciano le transmitió: “No viste nada”. Brian lo olvidó todo.

Los encuentros continuaron sin sobresaltos. Mimí se enteró de que Alfie también era policía en su mundo. Había empezado a fantasear con la idea de que Brian pudiera seguir sus pasos allá, donde la policía era seria, bien preparada. Alfie mismo lo sugirió. Le tenía cariño al chico. Le mostraba casas que se veían como burbujas flotantes, en una página de propiedades en alquiler, para que eligiera su favorita. Mimí seguía creyendo que no era capaz de irse. Aunque no podía evitar soñar en una vida plena con Alfie. Una tarde, el extraterrestre la sorprendió en el garaje, cuando ella buscaba herramientas para su trabajo de jardín. No bien se miraron, entendieron. El escenario era un buen cambio en su rutina. Alfie se le tiró encima. No se detuvieron a pensar en las cámaras instaladas en los rincones. Estaban para velar por la seguridad de los Gutiérrez. En la comisaría, un cadete se ocupaba de su control. El muchacho se preguntó qué hacer al respecto. La formalidad le exigía escribir un informe detallado. Ante lo delicado del hecho, tuvo la amabilidad de informárselo en privado al oficial.

Mimí sabía que no era la única. Algunas veces, cuando hacía algún mandado o caminaba por la calle, sorprendía a Alfie saliendo de la casa de sus vecinos. A Vanesa, la más nueva en el barrio, la vio asomada en la ventana observando al visitante mientras se iba. Estaba a medio vestir. También se lo comentó Olga en la verdulería: “Una bendición el chico ese que te mandaron”. “¿Brian?”. La mujer puso cara de espanto. “¡Qué Brian! ¡El marciano!”, y señaló al cielo. “Arregló unas cositas de la casa”. Mimí sabía a qué tipo de “cosas” se refería. Pensó que Juana era una vieja asquerosa por andar con porquerías a su edad, caliente como una pendeja. Después cambió de opinión. No estaba segura si fue por sí misma o Alfie la convenció.

Cuando el cadete le habló de la infidelidad de su mujer, Gutiérrez quiso ver las pruebas. El joven intentó disuadirlo. Eran imágenes fuertes. Gutiérrez lo agarró de la ropa y amenazó con estrangularlo. “¡Mostrame, carajo!”. La escena le dio repugnancia. Su mujer, en el piso, como una cualquiera, y con ese monstruo encima. Lo peor era que Gutiérrez sintió también algo de excitación. Al ver el rostro cautivado del cadete sospechó que le pasaba lo mismo. Le pegó con el codo en el brazo. “Si hiciste alguna copia de esto, te voy a meter diez tiros en la cabeza”. El chico negó. Pasó la grabación a un CD sólo para el oficial. Borró el fichero del sistema. Después registraría ese tiempo perdido como una simple falla.

Gutiérrez volvió a los rencores habituales contra el visitante. ¿Por qué aún se lo trataba como la gran cosa? Seguía sin contar nada. Podía ser una criatura mísera y despreciable en su universo. Acá le daban un trato que no merecía. Como Ergün Demir. Ese actor medio pelo de Turquía que, gracias al

éxito de una novela, fue traído por Tinelli como un enviado divino. Los verdaderos protagonistas de la tira eran muy caros. Ergün era soberbio, desagradecido. Gutiérrez se puso a pensar en todas las veces que vio al marciano en los patios de sus vecinos, o saliendo de sus casas. Siempre pensó que lo hacía porque era un boludo, se perdía, aparecía en cualquier lado, o por curiosidad. Ahora sospechaba que no era el único cornudo. Por medio del cadete logró poner algunas cámaras por la zona. Enseguida se llenó de imágenes del visitante entrando y saliendo de las casas del vecindario. Gutiérrez fue mostrándoselas a los otros maridos. “Este bicho nos está tomando de boludos”. Tenía audios de los gemidos de las mujeres. Generó un escándalo. La mayoría quiso ocuparse del invasor en ese mismo instante. Salir a buscarlo en patota. Gutiérrez fue claro en que no lo permitiría. Los iban a meter presos a todos, con las peores penas. En especial a él, por ser policía. Pero había otra gente que con gusto se ocuparía.

El Club CASBO era una verdadera fiesta. Estaban todos los vecinos. Habían puesto mesas con comida. Música. Los chicos llenaron la cancha de básquet. El marciano se apareció ahí, en medio de ellos, de un momento a otro, y la sala estalló en aplausos. Era el homenajeado. Un encuentro más bien íntimo, con la gente del barrio, para celebrar los seis meses que llevaba el visitante con ellos. Se estaba adaptando cada vez mejor. En verdad, la intendencia no estaba al tanto del evento. Nunca lo habrían permitido con tan poca seguridad. Los chicos le regalaron al visitante un banderín del club y prepararon un número musical. La melodía empezó a sonar en los parlantes. “Sí, sabes que ya llevo un rato mirándote / Tengo que

bailar contigo hoy / Vi que tu mirada ya estaba llamándome / Muéstrame el camino que yo voy”. El cuidador de la cancha tomó el micrófono y ocupó el puesto de locutor. “Demos la bienvenida a nuestro invitado especial haciendo ¡palmas!, ¡palmas!, ¡palmas!”. Gutiérrez aplaudió sin ganas. Veía a todos los vecinos, pero no encontraba a Mimí ni a Brian. Le mandó un audio. “¿Negra, dónde estás?”. Quería ver qué cara ponía. Cuando llegó el estribillo el marciano se sumó al grupo. Se puso a imitar los pasos de los chicos. El visitante bailaba bien, aunque le costaba hacer el perreo. Con los brazos siguió el fraseo de Luis Fonsi al marcar el “Des-pa-cito”. Los adultos que miraban desde los costados se sumaron al baile. Gutiérrez se mezcló entre ellos. A los que querían hacerlo bailar, los esquivaba con una sonrisa. “Estoy de servicio, perdón, ¿no vieron a la negra?”. Todos negaban. La música siguió con Shakira, Carlos Vives, Nene Malo, Lali, una *playlist* con las canciones favoritas del marciano. El invitado despertó una ovación con un gesto sexy y descarado, que acompañaba el “bailo como Britney y visto como Cher” de los altoparlantes. Los policías cruzaban miradas. Se hacían algún gesto con la cabeza. Uno se había encargado de darle al visitante un trago tras otro, fernet, vino, cerveza. A cada rato lo hacían brindar. Gutiérrez recibió la señal. Entre los bailarines se acercaban cuatro muchachos de distintas direcciones. Todos iban al centro. Al marciano. Tenían unas camperas deportivas anchas que casi se arrastraban al piso. Mientras ellos se acercaban, Gutiérrez, también, desde otra dirección. Y aceleraba el paso. Como un guardaespaldas que detecta la presencia de los enemigos. Gutiérrez saltó, se sintió Kevin Costner. “¡Noooooooooooo!”. La gente alrededor giró asustada. Lo vieron suspendido en pleno vuelo. El tiro de uno de esos jóvenes le dio en el hombro. Los otros abrieron fuego en simultáneo. Vaciaron

el cargador en el cuerpo del niño marciano. La gente gritaba, pero no se animó a intervenir. Los oficiales socorrieron a Gutiérrez. “¡Oficial caído!”, repetían por sus radios. En el tumulto, los atacantes huyeron. Quedaron tiradas sus camperas. Llevaban parches del Partido Nacionalista de Bernal. El marciano no se movía y de su cuerpo salía un humo gris. Gutiérrez estaba tirado junto a él. Un colega hacía presión sobre el agujero de la bala. “¡Aguantá, te vas a poner bien!”. Gutiérrez sabía que era verdad. Una herida inofensiva. Aunque dolía como la puta madre. Gutiérrez giró un poco la cabeza. El marciano estaba quieto. “Sí, me estoy muriendo”, le hizo saber al oficial. Antes de morir, le transmitió un último pensamiento: “Hace unas horas, me llevé a Mimí y a Brian a mi planeta”.

LEANDRO ÁVALOS BLACHA (Quilmes, Argentina, 1980). Estudió Letras. Ha publicado *Serialismo* (Eloísa Cartonera, 2005), *Berazachussetts* (Entropía, 2007, ganadora del Premio Indio Rico de *nouvelle*), *Medianera* (Eduvim, 2011 / La pollera ediciones, 2023), *Malicia* (Entropía, 2016), *Una casa de pie* (Clase Turista, 2017), *Estuario* (Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs, Saint-Nazaire, 2022) y *Los Quilmers* (Caballo Negro, 2023).

Cinco poemas

Bahar Hosseini

Si los enemigos

me arrojan desde la cima de una montaña
y abajo
los ríos me ahogan
y los pececitos se comen mi cuerpo
jamás traicionaré
a los ríos y los peces
de mi patria.

Si los enemigos

derraman mi sangre
en una casa
en un manantial
en una calle
en un barrio
en una ciudad
jamás traicionaré
a las casas, los manantiales, las calles,
los barrios y ciudades de mi patria.

Si los enemigos

me cuelgan de un árbol
en la cima de la colina o un monte

y la tierra absorbe mi cuerpo
jamás traicionaré
a las colinas, las montañas,
los árboles y la tierra de mi patria.

Mientras abría una puerta roja oxidada

y un hombre sostenía un periódico.

Yo

resbalaba,
resbalaba,
resbalaba.

Mientras una madre se recostaba a mi lado,
preocupada.

Yo

temblaba,
temblaba,
temblaba.

Abrí mis ojos,

yo era un puñado de huesos
deseaba que mi madre
los transformara en columna vertebral
pero no la tenía;
yo no tuve madre.

Dondequiera y

por cualquier razón
todos vamos a morir.

Algunos dicen: “Volveremos”.

Algunos dicen: “Esperaremos”.

Algunos dicen: “Nos convertiremos en polvo”.

No volveremos ni esperaremos.

Entre todas las dudas
sólo estoy segura de una cosa:
el polvo de tu cuerpo
no se marchará del mío.

Libremente leo

libremente escribo
libremente bebo y paseo
libremente viajo sin límites
libremente respiro
hasta llegar a ti.

Cuando llego a ti
mis anteriores libertades
se derriten una a una.

Mas
tú y yo llegamos tarde.
Eres una jaula cerrada sin llave,
te has tragado la llave y la libertad,
llegamos tarde, tan tarde.

En este exilio,

soy como una niña
a quien los callejones
le ladran como un perro rabioso.

Como una niña
deseando agarrar un pliegue de la falda de su madre
y que la mano de su madre huela a pan caliente.

Como una niña
que repentinamente recuerda
que no tiene madre.

Traducción de Jiyar Homer y Gabriela Paz

BAHAR HOSSEINI (Saqqiz, Kurdistán, 1983). Poeta, cuentista y traductora.
Licenciada en Lengua y Literatura Persa.

Seis poemas

Baroj Akrayi

La vida

La poesía me escribe
el aliento me respira
y tú me amas.

Por eso no quiero morir todavía.

El orgullo

En el polvo
aparece un camión militar gris.

Frente a los muros de una estación de policía
tres ancianas están de pie:
una llora
las otras dos ríen.

En la retaguardia del camión
dos jóvenes
están bañados en sangre y polvo
y al lado del chófer

otro joven
muerde su bigote.

La interrogación

Me preguntan: “¿Cuándo naciste?”
Me preguntan: “¿A qué partido pertenecías?”
Me preguntan: “¿Cómo lograste escapar?”

Pero no preguntan: “¿Cómo te amé?
¿Cómo te dejé?
¿Cómo me dejé?”

No me preguntan.

Después de la guerra

Los vivos se dirigen a su casa:
Algunos fuman,
algunos no...
Se sientan:
¡Piensan en el olvido!

Los muertos se dirigen a su tumba:
Algunos fuman,
algunos no...
Se recuestan:
¡Piensan en ser olvidados!

Un cuadro que no pintó Dalí

Una cuna ardiendo
Un caballo caído
Una casa demolida
Un puente derrumbado
Un estanque estancado

Un zorro lame un rifle ensangrentado
Un perro ríe del humano
Y el sol se pone.

La postura

Yo no adoro a los muertos
pero ahora
amo a los muertos
más que a cualquiera de ustedes.

Sólo los muertos no se arrepienten.
Sólo los muertos no temen a la muerte.
Sólo los muertos no cambian de postura.

Traducción de Jiyar Homer y Gabriela Paz

BAROJ AKRAYI (Akre, Kurdistán, 1963). Poeta, cuentista, crítico y traductor. Escribe poesía, crítica y guiones en kurdo y cuentos cortos en persa. Ha publicado seis poemarios y traducciones de *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, así como de la poesía de Ahmad Shamlú y de V. M. Airu.

El día de la ballena

Ramiro Sanchiz

Papá no iba a acompañarnos esa tarde al museo. Había elegido para mí la camisa blanca de manga larga, la que tenía rayas de un rojo pálido y feo, porque decía que cuando era ropa de hombre, ropa formal, le tocaba a él elegir. No me gustaba esa camisa, pero había entendido hacía tiempo que no tenía que hacer preguntas ni protestar cuando papá no nos acompañaba; mi madre, en cambio, se volvía en esas ocasiones más locuaz que nunca, como si la hubiese animado de repente una nueva libertad.

Por aquel entonces mamá todavía manejaba el Ford negro en el que se perdería poco más de un año después; salimos a las tres de la tarde y encontramos pocos autos en la calle, así que quizá —no lo recuerdo bien— era feriado. Con el tránsito tan ligero el viaje no tomó más de veinte minutos. Había algo de gente en la entrada; mamá sonrió con suficiencia.

—Y... es natural —dijo—. Todo el mundo quiere.

Estaba claro que bajo sus palabras había mucho más: estaba diciendo también *todo el mundo tiene que verlo o hay que ser un verdadero cabeza hueca para no sentir interés* y quizá también *estas cosas no le importan a tu padre, pobre*.

—Federico, vos prestá mucha atención adentro, ¿estamos? Es muy importante para vos, *especialmente* importante.

Asentí. Mamá sonrió y me dio un besote en el cachete.

—Esto es fundamental, Fefín, a lo mejor no te das cuenta ya mismo, ahora nomás, pero con el tiempo lo vas a entender. Es algo muy importante, muy muy importante.

Me tomó de la mano y avanzamos en la cola. Nos detuvimos ante el mostrador de las entradas. Mamá puso esa expresión de jocosidad que solía adoptar cada vez que debía dirigirse a un vendedor o para hacer trámites; pidió una entrada de mayor y otra de niño, pagó y me tendió un pedacito de papel gris con la Cabeza bosquejada entre unos números que examiné detenidamente, como si aquello tan importante tuviese alguna relación con las cifras en apariencia azarosas que llevaban los boletos.

—Prestá atención, Fefín. Cada vez que se exhibe la Cabeza pueden pasar cosas; son días especiales.

Ya dentro del museo me acerqué a una enorme pintura de tema bélico.

—Eso me parece muy bien, Federico, pero lo más importante no está acá; vamos primero a lo que vinimos, después podemos mirar el resto.

Caminamos a través del atrio y encontramos una caseta de información en la que podía verse un mapa del museo.

—¿Ves? Ahora estamos acá. La Cabeza está acá —señaló en el mapa—; vamos derecho y luego, si querés, recorreremos. Pero tampoco conviene apabullarte demasiado; la Cabeza ya es mucho para un día.

Me adelanté un par de pasos y examiné el mapa.

El punto que mamá había señalado llevaba la indicación número 12. En la clave leí “Exposición itinerante”.

—¿Qué quiere decir itinerante?

—Quiere decir que no es algo que podés ver todos los días, que es algo muy importante, que viene de otro museo. En este

caso no es así, porque la Cabeza siempre está acá, pero guardada; la exhiben solamente una vez cada muchos años.

—¿Vos la viste antes, mamá?

—Era un poco mayor que vos, Fefín. Me trajo la abuela Clara.

La sala indicada con el número doce era la más grande, según el mapa. Le seguía en tamaño la siete, casi contigua.

“Ballena, crc 14,2 kA, prsrv. Adm. Victorinoff”, leí en la clave.

—¿Y por qué es tan importante la Cabeza, mamá? —pregunté. Había sido un error formular esa pregunta.

—Federico, ¿no prestaste atención todos estos días? ¿Querés que busque un guía del museo para que te explique? ¿Un guía viejo y loco, como la última vez?

Yo era mucho más chico cuando sucedió; me había asustado y refugiado detrás de las piernas de mi padre.

—Es porque... —traté de que mi voz no sonara a que estaba adivinando— porque... ¿Porque se sabe que no es humana y es muy vieja?

Mamá volvió a suspirar. Me pareció que miraba con vergüenza a las otras personas que veían el mapa del museo.

—¿Muy vieja? ¿No es humana? Pero, Fefito, ¿cómo podés preguntar eso tan obvio? Lo tenés que saber, lo estudiaste en la escuela. Y vos y yo lo hablamos a principios de año, ¿no te acordás?

Asentí.

—¿Después podemos ir a ver la ballena, mamá? Mirá, es la número siete...

—¿Una ballena? Pero, Fefito...

Me tomó de nuevo de la mano y empezó a caminar por el pasillo principal. Yo recordaba el mapa: la Cabeza estaba al final del recorrido.

—Ahora vamos a entrar, Federico; tenés que ponerte serio, concentrarte.

Le dije que sí y me esforcé por ponerme receptivo, como cuando algo de lo que veía en la televisión o en los libros atrapaba mi atención y lograba abstraerme, arrojarme a un estado en el que parecía capaz de olvidarme del mundo que me rodeaba. Imaginé que en ese modo de pensar y de estar iba a sumirme por contemplar la Cabeza.

Entramos.

En la sala había unas diez personas, todas en silencio ante una enorme cabeza de piedra. Algunas permanecían de pie, inmóviles; otras se movían en círculos. Mamá me apretó más fuerte la mano; parecía contener la respiración. Sentí que era él el aborto, el que había logrado olvidarse del mundo. La cabeza, la cara en la cabeza, no tenía expresión alguna. Los rasgos —como los recuerdo ahora, porque no volví a verlos— me parecieron borronados por el tiempo: las cejas finas, los ojos débiles, la nariz mínima. Creo que había algo esencialmente inhumano en aquella escultura —porque eso supuse que era: algo que quién sabe quién había horadado en la piedra—, pero a la vez pensé que la persona que representaba no podía ser enteramente ajena a lo humano, como un lobo o un árbol, sino que debía ser algo intermedio, más cercano a los seres humanos, como hombres de otras épocas quizá. Y después estaban las leyendas: las de las ballenas que habían dominado el mundo y las de la victoria final de los seres humanos.

—Mamá, ¿es un hombre o un robot?

—Pero, Federico, por favor, concéntrate y mirá —y añadió, en lo que era una mezcla de orden y ruego, articulado en la voz más lastimera que le había escuchado hasta entonces—; no vas a poder verla de nuevo hasta dentro de cuarenta años.

Obedecí, pero en lugar de concentrarme en la Cabeza sólo pude pensar en la otra sala, la de la ballena. ¿Sería un armazón

colgado del techo? ¿Sería una ballena preservada, reconstruida, una simulación? ¿Sería peligrosa, incluso miles de años después? Yo había visto imágenes de ballenas en los libros de cuentos de hadas: sus formas tan perfectas y su evidente poderío me fascinaban, pero también su misterio, el hecho de que aparecieran en todos aquellos mitos, en las historias de cuando construían ciudades, volaban por el aire y el espacio y cayeron después tras la rebelión de sus esclavos, nosotros, que las empujamos hacia el mar y las extinguimos, haciéndonos a la vez un daño profundo por el que debimos pagar y seguimos pagando sin saber del todo por qué, o al menos eso dicen los locos (yo, naturalmente, sólo repito palabras que en realidad no significan nada). Entonces quise no estar allí —la inmensa cabeza de piedra no me decía absolutamente nada—, tenía ganas de correr hacia la otra sala, la número siete, para admirar la ballena.

—Es... —susurró mamá— es... maravilloso.

Estaba llorando, y sentí que mi madre se había vuelto muy muy pequeña. Que ante aquella cabeza tallada en la piedra estaba de alguna manera inerte, que pese a su edad avanzada no era mayor que yo o que papá.

Miré nuevamente aquellos ojos sin pupilas. La piedra era roja, como las rocas que había cerca del edificio en que vivimos hasta que cumplí cinco años, cerca del mar. Pensé que eran las mismas rocas que trepaba junto a otros niños del edificio, esas rocas que me parecían altas como las montañas. Si era así, la Cabeza no podía ser tan ajena a mi vida; quizá por eso, pensé, no me asombraba, no me emocionaba tanto como a mi madre.

—¿No es increíble? —me preguntó, cuando nos íbamos de la sala.

—Sí —mentí—, es increíble.

Quizá debí esforzarme más por parecer entusiasmado.

—¿Entendés ahora por qué sólo la exhiben cada cuarenta años? Asentí. Pensé en decirle lo que había sentido al evocar las rocas de aquel edificio, pero ella seguía hablando.

—Cuando la abuela Clara se perdió... no, antes de que la abuela Clara se perdiera y el abuelo Quique se hiciera chiquito chiquito... —no entendí por qué de pronto me hablaba como a un niño de tres o cuatro años—, ¿sabés qué me dijo la abuela Clara? Una tarde, ¿te acordás de la casa de los abuelos?, bueno, una tarde antes de que se perdiera me dijo que a veces soñaba con la Cabeza.

Lloró una vez más. Pensé en lo pequeña que la había sentido minutos atrás; ahora era como si hubiese logrado agrandarse de nuevo, pero apelando a un material ligero, menos denso. Pensé en mi padre mirando las camisas y las corbatas, imaginé la sonrisa un poco forzada pero sincera que pondría cuando volviésemos a casa y apagase el televisor con algún partido de fútbol al que, ansioso por nuestro regreso, en realidad no habría estado prestándole atención. Iba a esperarnos con torta y café con leche, chocolatada para mí, quizá canapitos de atún, mayonesa y aceitunas.

—El abuelo Quique la vio sólo una vez, en 1930, y la abuela Clara la vio en 1943 y después conmigo...

—Me acuerdo de la casa de los abuelos —dije.

Estábamos de nuevo ante el mapa.

—Yo ahora entiendo... Fefito, yo ahora entiendo —y sonrió—, la abuela se perdió después de ver la Cabeza; no después, pero... eso, después... Como si fuera *porque...* pero no entendés, no podés entender aún.

Ahora me estremezco al recordar esa sonrisa y se me humedecen los ojos. Mamá se perdió hace años, la Cabeza no fue expuesta otra vez y yo aún no tengo una hija.

—Mamá... ¿no podemos ir a ver la ballena? —dije.

Me miró con cara de no entender.

—¿La qué?

—La ballena, mamá; en el mapa dice que en la sala siete hay una ballena, fijate.

No miró.

—No, Fefito, ya no —me pareció de repente cansada o desilusionada—. Es demasiado por hoy... en un tiempito... en unos días te traigo de nuevo y ves lo que quieras. ¿Te parece bien?

—Yo quería verla hoy...

—Pero hoy viste la Cabeza, Fefín..., es mucho para un día. Además, yo no vi nada que hablara de una ballena... ¿Una exhibición de leyendas, decís?

Traté de insistir.

—Pero, Fefito, vos sabés bien que las ballenas...

Parecía nerviosa. Bajé la mirada y me resigné.

—Vos sabés lo que es una leyenda, Fefito.

Salimos del museo.

Afuera la gente parecía abstraída, ajena a la ciudad, a los árboles del parque, a los lejanos edificios. Algunos sonreían, o se buscaban y miraban con vergüenza. Mamá quiso acercarse a un grupo, pero se detuvo, me miró y me acarició el pelo.

—Mejor vamos a casa, Fefito. Papá ya debe haber comprado la cena... pizza seguro, o iba a encargarse canapés, ¿no? Como te gusta a vos.

Pasamos entre la gente absorta y nos metimos en el auto. Mamá manejó sonriendo; seguramente entendía lo que yo no entendí, lo que quizá ya no entenderé. Pasaron dos semanas antes que le pidiera que me llevara a ver la ballena. Se negó; yo no insistí, ni traté de buscar el permiso hablando con papá. Después, al año y pico, se perdió. Subió al Ford y partió hacia el este, como su madre lo había hecho décadas atrás, como yo no habré de hacer

nunca. ¿Y cuántos años pasaron ya? ¿38, 39? ¿Tendré una hija alguna vez? ¿O un hijo? ¿Cuánto falta para que vuelvan a exhibir la Cabeza, para que yo pueda entender? ¿Cuándo podré hacerme pequeño y más pequeño, y dejar de moverme, y respirar con el pulso de la eternidad recordando a mi madre y a mi abuela y a las voces de todas las mujeres que vinieron todavía desde más atrás que ellas?

Con el tiempo pude ahorrar el dinero de la entrada y fui solo al museo; me paré ante el mapa y busqué la referencia siete. No mencionaba a la ballena. Cuando pregunté a los guías resultó que sólo uno de ellos, el más viejo del grupo, recordaba que había sido dispuesta, muchos años atrás, una exposición con una ballena. Me pareció que los otros guías se reían de él.

—Con todas las piezas relucientes —dijo, con mirada soñadora.

RAMIRO SANCHIZ (Montevideo, Uruguay, 1978). Estudió Literatura y Filosofía. Entre sus libros publicados se encuentran *Verde* (2016, 2023), *Un pianista de provincias* (2022), *El orden del mundo* (2014, primer Premio Nacional de Literatura 2016), *David Bowie: posthumanismo sónico* (2020) y *Las imitaciones* (2016, 2019).

Apuntes revisitados de una exnovelista

Carlos Ríos

1. ¿Para qué escribir una novela? Tiene la certeza de que nadie va a comprarla ni pedirla prestada a sus conocidos o reservarla en la biblioteca popular más próxima. En el país ya no existen librerías. Los libros se publican para ser destruidos. Sin embargo, la pregunta funciona de algún modo como un agente estabilizador que le permite, noche tras noche, avanzar en la escritura de tres a cinco páginas.

2. Separa el cuerpo de la membrana de escritura, va a la cocina. Mientras escucha cómo el agua gana temperatura imagina que un mate a las tres menos diez de la madrugada tiene que estar sí o sí bueno. Un mate que es puro ofrecimiento, así la idea que se le acaba de ocurrir para salir del atolladero que la tiene paralizada en la página cincuenta y ocho. ¿Para qué una novela, este esfuerzo, la dedicación extrema que se llevó puesto un matrimonio, la escasa carrera académica que después de años de trabajo le dio un sueldo precario, los hijos que no tuvo y que alguna vez quiso tener? Acaso la novela esté ahí, en ese ovillarse de las cosas hasta hacerse una bola indiscernible. Es probable. Y para qué escribirla si ya la vivió, se pregunta. Pues para darse la oportunidad de entender. Es que no hay nada, en esa catarata de acciones y hechos premeditados, que merezca ser narrado de nuevo, esta vez fuera de su cabeza. No escribe para hacer público lo privado; de hecho,

detesta la escritura que pone por encima del mundo la experiencia personal. Todo lo que es de una, apunta en su libreta, se va con una. Lo que entra en la novela, en realidad, son las intersecciones de la vida pública que no han sido programadas. La intimidad, en la novela, es un artificio cada vez más alejado de las realidades que les otorgan tema, razón y confort. Regresa a la membrana de escritura, su cuerpo se funde con lo que en otras épocas se denominaba “soporte”, le pasa lo que les pasaba a otras generaciones: la página en blanco, igual que la mente en blanco y las paredes blancas, como en una estúpida sala de arte contemporáneo cuando el espacio se vacía con el propósito de significar.

3. Envidia a quienes no sintieron nunca la necesidad de escribir una novela. Sin ir más lejos, los miembros de su familia. Nunca se preocuparon por poner en una acumulación de palabras sus vivencias. Ni siquiera leyeron, aunque fuese por compromiso, las que ella escribió durante décadas. En los asados domingueros afirman que ellos lo habrían hecho mucho mejor, nomás porque habitan el mundo sin tener que separarse de este para comprenderlo.

4. Ya en su casa, transcribe con sorda diligencia las conversaciones de la familia. El archivo ha ido incrementándose con el paso del tiempo. ¿Para qué? No relee lo que escribe, no lo considera un pasatiempo, no le importan los temas sociales, no escribe para ser una mejor persona, tal como confiesan en la televisión las personas que escriben y son reconocidas como protagonistas esenciales de la vida cultural del país.

5. En otra época, ella había soñado con ser novelista. Ahora que lo es, nadie la llama de esa manera. Le dicen “escribana”. Al principio

pensó que le hacían un chiste común y corriente, horrible por literal, pero al cabo de unos meses hubo consenso para otorgarle la medalla de “compositora”. Se la habían concedido un poco por lástima, después del accidente doméstico que la había dejado sin posibilidades de moverse. Compositora de qué, les preguntó. Nadie supo decirle.

6. Volvamos al asunto de si hay que escribir novelas o dejar que las cosas sean transcriptas y narradas en los celulares. En este punto hay que recordar que en el siglo pasado la novela era un género, a saber “definición de novela de la RAE”, “definición de novela en Wikipedia”, “definición de novela según Mijail Bajtin” y “definiciones de novela producidas por la IA a través del chat GPT”. Todas coinciden en que en la novela pasan cosas. A continuación se escribe, a modo de ejemplo, una novela como las que ella escribía allá lejos y hace tiempo. Por razones de espacio (y del papel que no alcanza, además) se transcribe dicha novela a escala reducida. Una observación final: donde dice “ratoncillos” puede escribirse “cortezanos”, “académicos” o “explotados”. Donde dice “moribunda” puede escribirse “estrella”, “constitucionalista” o simplemente “novela”. Hay licencias abiertas para sustituir, por necesidad o capricho democrático, lo que se les ocurra.

Capítulo 1

Los ratoncillos bebían las aguas salobres que salían de la boca siempre abierta de la moribunda.

Capítulo 2

Mil redes de pesca diminutas le atrapaban el cuerpo, malévolas redes que la conducían hacia el fondo del océano. ¿Cómo volver? Su angustia tenía el tamaño de una ballena y a la vez era tan pacífica como las ballenas de madera. Si la angustia no le hacía daño, pensó la moribunda, ¿estaría ya del otro lado, donde el dolor es una moneda de agua, en el sitio donde los impuestos ya no suman, donde los óleos que cubren las telas en los museos se remezclan para configurar obras pintadas por el pincel más enigmático del universo? De ser esto morirse, qué hermosura, sólo era cuestión de escribir la necrológica del caso y listo, a decir “chau”. Cortó las redes y subió a la superficie donde alguien, en simultáneo, había hecho sonar la oscura trompeta de la medicación.

Capítulo 3

Los ratoncillos, otrora competentes en la gestión de las herencias, se ocuparon de organizar la despedida. Agradecida, la moribunda los peinaba contándoles al oído historias maravillosas que ocurrían en las profundidades oceánicas. En primavera les armaba un barco y los paseaba por costas de Áfricas legendarias y Méxicos tenues e

inexplorados. Algún que otro ratoncillo desertaba de la tripulación y se quedaba en un puerto desconocido para fundar en él otros reinados subterráneos. Ella los dejaba ir, a sabiendas de que regresarían más temprano que tarde a su regazo.

Capítulo 4

Una vez concluida la guerra en los Altos del Golán, su influencia comenzó a declinar, siéndole contemporánea la injusticia y lóbrego el desamor. Los ratoncillos abandonaron el cráter de su boca ni bien dejó de respirar. Dicen que una biblioteca de provincia lleva sus iniciales. Dicen que dicen las lenguas de víbora que ni tumba tuvo ni tendrá jamás.

CARLOS RÍOS (Santa Teresita, Argentina, 1967). Es escritor, editor y profesor en Historia del Arte por la Universidad Nacional de La Plata. Coordina la editorial Oficina Perambulante; es miembro del consejo editor de la revista *Bazar Americano*; y creador, con Marjolaine David y Francisco Pourtalé, de la Unidad Básica de Experimentación Editorial. Ha publicado más de veinte libros, entre los que se cuentan las novelas *Manigua*, *El artista sanitario*, *Cuaderno de Pripyat*, *Cielo ácido*, *Hikikomori argentino* y *Falsa familia*; el ensayo *Ecosistema de los libros cartoneros*; y los libros de poemas *Un shock póstumo*, *La recepción de una forma* y *Perder la cabeza*. Parte de su obra integra catálogos en Francia, España, Brasil, Chile, Uruguay y México.

Mambo-café

César Flores González

En los adentros
se frotan
como cisnes monógamos,
convencidos de la hospitalidad simulada.
Cruzan sus largos cuellos,
invaden al otro,
comen de su carne,
se envuelven en la panacea,
cobijo de los seres sin pulso.
Adoradores del goce,
cautivos del deseo,
dejan rastros entre las mesas,
donde se posan
los codos finos de los amantes,
que hierven en un caldo nocturno
de mierda, sangre
y vidrios.

CÉSAR FLORES GONZÁLEZ (San Mateo Atenco, Estado de México, 2002). Estudia Antropología Social en la UAEMéx.

Confiar*

Vicente Undurraga

Confiar y desconfiar. Quizás en saber combinar estos dos antónimos resida cualquier atisbo de sabiduría, de inteligencia al menos, de pragmatismo por último, para enfrentar la vida en su deriva contemporánea y en cualquiera porque, con sus cambios, crisis y pestes, es probable que el mundo se acabe un día. Pero mientras dure no ha de variar demasiado en lo que a la especie humana concierne, porque somos básicamente siempre lo mismo: seres que un día aprenden a erguirse en dos patas y desde ahí, parados y vestidos, se agachan y se desvisten y entre tanto temen, hablan, ríen, sufren, lloran, gritan, callan, ayudan, traicionan, se excitan, pelean, se reproducen, matan, crean riqueza y belleza, abuso y horror, caminan, bailan, saltan, aman, roban, ganan, pierden, gastan, comen, se peinan, cagan, se exceden, ensucian, recaen, reniegan, riegan, queman, leen, envidian, cantan, abandonan, ven morir y mueren.

En ese tránsito, calibrar con la sabiduría de un gato el punto hasta el cual confiar y el punto en el cual empezar a desconfiar, y cómo sostener razonablemente ese confiar y ese desconfiar, ahí se juega mucho de nuestro paso por este mundo. Sin confianza se malvive. No se puede vivir en la desconfianza del todo y sus

* Este ensayo forma parte del libro del autor titulado *Todo puede ser* (Mundana Ediciones, 2022).

partes, eso destruye toda posible comunidad, impide amistades, afectos, risas, negocios, placeres. Como observó hace milenios Teofrasto, “la desconfianza es una sospecha de maldad en todos los seres humanos”, lo que hace del desconfiado “un individuo capaz de enviar a un esclavo a hacer la compra y, a continuación, mandar a otro para que se informe de cuánto ha comprado”. Así no se puede.

Por otra parte, quien no afila el sentido de la desconfianza, de la sospecha, está arruinado. Es cuestión de tiempo para que todos lo estemos, pero el cándido lo estará mucho antes. “Soy romántico, no boludo”, dijo Charly García el día que le preguntaron acerca de los alcances de su capacidad de entrega amorosa. No es lugar para débiles, dice la traducción fílmica de un libro apocalíptico, y podría aplicársele al mundo entero, pero antes aun cabría decir que ya no es lugar para seres de luz; para devotos, incautos o lisa y llanamente imbéciles, en estricto sentido etimológico, para quienes andan sin báculo, sin apoyo. La suspicacia y la confianza bien alineadas son un apoyo.

La mala voluntad está ahí, antes de la vuelta de la esquina, a pasos, cuando no de la mano, de la buena voluntad. Lo mismo la envidia y la grandeza, la perversión y la nobleza. Hay que saber distinguir. Sin volverse un paranoide. Desconfiar de la propia confianza y también de la desconfianza misma, sin pasarse ni quedarse, como diría Violeta Parra. Al pasito por las piedras. Sin rehuirlas. Confiar en las capacidades propias sin embelesarse. Dudar de uno mismo sin trancarse. Un arte de la cercanía y la distancia, a lo gato.

El espíritu humano puede, por naturaleza, inclinarse por una u otra manera de pararse en el mundo. A quien tienda a confiar, más le valdrá exigirse y procurarse alguna capacidad de sospecha. Quien desconfíe por defecto, haría bien en saber abrirse al

otro, dejarse caer en manos del amigo, como en ese juego colegial donde alguien se deja justamente caer de espaldas: se suelta o no se suelta en la medida en que confía o no confía en que esos amigos que le han prometido agarrarlo en la caída lo agarrarán en la caída. No es fácil. Nunca, por ejemplo, pude aprender a tirarme piqueros, por no entregar la cabeza. Por desconfianza, un hombre bueno no ha hecho nada con su vida en las últimas décadas. Teniendo los ahorros y la ocasión, no les ha dado curso a sus sueños más persistentes, ni siquiera a tentaciones. Vive atado a la sogá de su propio desconfiar. Ha cotizado terrenos en el campo, ha considerado la opción de irse a diez balnearios y tres países, ha visto casas, pedido precios, pasado ofertas, pero a la hora de decidir encuentra una piedra de tope; en realidad la trae, la piedra, desde el fondo de su conciencia desconfiada, que la produce como un riñón enfermo.

La mala conciencia es inevitable, la buena conciencia puede ser un anhelo, pero la conciencia hipertrofiada es una tara, una enfermedad que no mata pero mortifica. Desconfiar de todo no puede ser lucidez. Es un tic de la época. Cioran resulta particularmente intrépido cuando duda de su dudar. En sus *Ejercicios de admiración* y en sus *Conversaciones*, por ejemplo, levanta especial vuelo porque en esos escritos un interlocutor o una admiración lo conminan a reparar y, por así decirlo, colisionar consigo mismo, y es entonces cuando esa lucidez de cuchillo escéptico que lo caracteriza llega más lejos, y no porque extreme ese desconfiar de todo lo humano y lo mundano y lo divino, sino justamente porque pone lomos de toro en su dudar, grietas en su solidez destructiva. Grietas que no lo llevan a una medianía o ponderación anodina porque son vivificantes, como el enamoramiento en el que, confiesa, como un tonto cae ya de viejo. Viejo y feliz cae, dice. Se deja caer. Confía, finalmente, quien ha vivido desconfiando, y esa es su grandeza.

Del otro lado, el que vive confiando se vuelve un insufrible. Probablemente viva dibujándosele en el rostro ese gesto que viene por añadidura con la credulidad inmoderada: la boca abierta. Todo le sorprenderá, creará cualquier falsa noticia, cualquier embuste, cualquier buena intención ostentada la procesará como buena intención genuina, no verá diablos donde hay diablos y donde haya ángeles verá ángeles, pero como no los distinguirá de los diablos, en realidad no estará viendo nada. Creer sin crítica tarde o temprano implicará un derrumbe, un quiebre. El licenciado Vidriera de Cervantes, de tanto creer, se termina por creer un vidrio. Y eso, creerse un cuento, un vidrio, es desvivirse en la inminente quebradura del ser.

Otro novelista inmenso, Thomas Mann, fue además un diarista y un ensayista ejemplar. Justamente porque admiración y distancia, confianza y desconfianza cuajan en su mirada y en su escritura no ficcional de manera resplandeciente. Es notorio cuando escribe sobre Nietzsche y realza su “sabiduría irónico-trágica” como una defensa del valor supremo, que es la Vida, en dos frentes, que son de alguna manera la confianza y la desconfianza en sus versiones más afiladas. Escribe Mann que Nietzsche está “contra el pesimismo de los calumniadores de la vida y los abogados del más allá o del nirvana y contra el optimismo de los racionalistas y de los mejoradores del mundo, que cuentan fábulas acerca de la felicidad terrenal de todos”.

Contra la desconfianza de los calumniadores y contra la confianza de los mejoradores del mundo, incluyendo a los de cada tipo que habitan cabeza adentro de nosotros: esa es la cuestión.

Es un tira y afloja complejo, una conciliación imposible quizás, pero cuyo intento es vital porque exige el ejercicio de la lucidez y la alerta extremas. Y de la risa exploradora. En especial porque no se trata, o no sólo, de confiar o desconfiar de personas, de

individuos. Sí se trata de confiar en personas, y he ahí los aliados, los amigos. Y también de desconfiar, que he ahí los canallas. Pero antes que de uno mismo y de las personas, es necesario confiar y desconfiar, según quepa, de los tipos humanos, de los impulsos e instintos, de los relatos y enmascaramientos, de las inclinaciones que están repartidas y repetidas de maneras difíciles de discernir. Existen los caracteres, pero la gente cambia. Cambia sola y cambia, sobre todo, entre otros. En masa, de hecho, como advirtió un gran escritor del siglo XX, más que cambiar, se metamorfosea, y de un lirio puede salir una feroz carnívora. Y están las estructuras, de las que cabe desconfiar porque por ellas transitamos a menudo sin verlas, como quien se pasea por un edificio sin detenerse a considerar las bases y los engranajes que sostienen todo aquello que se pisa. En un edificio, esa inadvertencia está bien, cabe la confianza funcional. En los trabajos y los días que habitamos cabe mejor la perspicacia, que amiga el confiar y el desconfiar y nos permite lanzarnos de frente y también de espaldas, sin temer.

VICENTE UNDURRAGA (Viña del Mar, Chile, 1981). Es ensayista, crítico y editor. Ha antologado y prologado a poetas como Eunice Odio, Vicente Huidobro, Enrique Lihn, Jorge Teillier y Elvira Hernández. Escribe en *Revista Santiago* y en *Eterna Cadencia*. Es autor del libro de ensayos *Todo puede ser* (Mundana Ediciones, 2022).

Elementos para pensar. Aforismos y paradojas (fragmentos)

Giulio Donato Broccoli

Presentación del traductor

Los aforismos nos orillan a repensar el mundo, a cuestionar los valores, creencias y principios que fundamentan nuestra forma de entenderlo. Estas frases punzantes, chispazos de lucidez, esquivas de luz o dagas cargadas de veneno habitan en el límite impreciso entre la observación poética y la reflexión filosófica. A veces irónicos o sarcásticos, a veces una iluminación o una epifanía, pueden llegar como una caricia o una bofetada, pero son, ante todo, una forma estética del pensamiento que no busca enaltecer una “verdad absoluta”, sino incitarnos a dudar de todas esas convicciones que viven enraizadas en lo habitual, en lo común. Pensamientos a contracorriente, son una invitación a la disidencia.

La escritura aforística es una práctica minoritaria, marginal, cuyos retos de lectura la alejan del consumo inmediato y fácil que exige el mercado. Quizá por ello la falta de atención por parte de las grandes editoriales. Acaso los próximos años auguren una normalización. Lo cierto es que cada vez hay más autores que se arriesgan a plasmar en aforismos sus experiencias de vida, su concepción del orbe que los circunda o su posición ante la literatura y el acto de escribir: poéticas del apunte, del fragmento; escrituras

en el borde que acechan la profundidad en lo breve (escribir poco, sugerir mucho).

La escritura aforística suele desnudar al autor: nos muestra ese “yo” con el que juzga y valora su mundo. Los aforismos nos presentan una perspectiva individual llevada a las últimas consecuencias. Son una suerte de manifiesto personal que declara principios éticos y enumera posicionamientos estéticos. Sucede así, por ejemplo, en colecciones como la que Giulio D. Broccoli, escritor italiano, presentó recientemente: *Elementi per pensare. Aforismi e paradossi* [*Elementos para pensar. Aforismos y paradojas*]. Este libro reúne 267 aforismos que versan sobre diversos temas, como la religión, el Ser, el bien y el mal, la libertad, el amor, la amistad o las conductas contradictorias que rigen nuestro comportamiento. Con este título, Broccoli enarbola una crítica mordaz y sugerente, en la que debate lo mismo dogmas religiosos que principios morales. Sus aforismos son puntos de partida para pensar la forma en la que nos concebimos en sociedad.

Se trata de un libro sosegado y reflexivo que, pese a su modesto tamaño (73 páginas), abre un abanico de cuestionamientos y aseveraciones no siempre fáciles de digerir, porque confrontan los cimientos de las creencias y valores que suelen estar más arraigados. Libros como este no se pueden leer de una sentada, pues cada enunciado exige su tiempo de asimilación, y en muchos casos incita de inmediato a una respuesta interna que puede ser de aceptación o de rechazo, y en ello radican los principales aciertos del libro: el diálogo que suscita y la réplica que incentiva en todo lector que se acerque a la literatura con un espíritu crítico.

La escritura aforística de Giulio D. Broccoli busca trastocar los lugares comunes mediante recursos como la paradoja, con la que explota el choque de sentidos. Aunque algunas veces sus aforismos no son más que meras provocaciones con las que intenta

sacudir el letargo en el que vivimos. Broccoli no nos ofrece sus verdades, sino sus dudas, pues, como reza el título de su libro, su intención es tan sólo plasmar una serie de “elementos para pensar”. Una muestra de sus aforismos acaso pueda ilustrar lo dicho.

Aforismos*

La religión no da ninguna respuesta, pero responde a cualquier pregunta.

No creo, por tanto soy.

Es más fácil hacer el mal a quien se ama que a quien se odia.

Se teme a los juicios de los demás, no a los propios.

Respetar la opinión de todos es una condición esencial para el progreso, pero, paradójicamente, también para el retroceso.

* Del libro *Elementi per pensare. Aforismi e paradossi*, de Giulio D. Broccoli (Edición de autor, 2022).

La paradoja del silencio es que cada uno lo escucha de manera distinta.

Para crear un aforismo hago esto: escojo un tema y lo meto en un sombrero, después le doy vueltas con la mano de la mente. Cuando termina el centrifugado extraigo el aforismo hermoso y listo, sólo que se trata de un tema completamente distinto.

Uno puede creerse libre y ser el prisionero eterno de las ideas de los demás.

Mis dudas son mis únicas verdades.

A los religiosos les da más coraje que compartan en Facebook las fechorías de la Iglesia que los crímenes cometidos en nombre de la cruz.

El creyente se contradice rezando.

Cuanto más pecados de amor vengan del infierno, más te llevarán al cielo.

Para la paz se necesita la razón; para la guerra, la fe.

No puede escuchar quien no se escucha a sí mismo.

A veces para vencer es necesario rendirse.

Eres libre de correr por mis praderas, esclavo.

La humildad es más amada que practicada.

Si quieres el agrado de muchas amistades, no debes profundizarlas.

El Ser camina a pie; el Tener, en carroza.

Paradójicamente, la enfermedad vuelve a los religiosos ateos y a los ateos un poco religiosos.

Se lleva el archivo de los errores de los demás y se lanzan a la basura los propios, cuando se aprende más de los propios que de los ajenos.

Se dice que el bien siempre triunfa, y eso es un mal.

Facebook no puede darte libertad, pero puede hacerte entender cuán esclavo eres: si ni siquiera eres un león del teclado, ¿puedes ser un león en la calle?

El silencio es sabio en pequeñas dosis, después es idiota.

Ilusiones y mentiras son un lujo que nos podemos permitir sólo en los momentos felices.

Traducción de Hiram Barrios

GIULIO DONATO BROCCOLI (Vairano Patenora, Italia, 1963). Trabaja como profesional matemático independiente. Ha publicado algunos libros de matemáticas en Italia, Inglaterra y España. Como autor de aforismos y paradojas ha ganado numerosos reconocimientos, entre ellos dos primeros premios por aforismos (2016 y 2023) y dos primeros premios por paradojas (2014 y 2021) en el Premio Nazionale di Filosofia de Certaldo (Florenca). Sus aforismos y paradojas se pueden leer en las antologías *Le Figure del Pensiero* del Premio di Filosofia de Certaldo, en las antologías del Premio “Torino in Síntesi” y en su libro *Elementi per pensare, aforismi y paradossi* (2022).

HIRAM BARRIOS (Ciudad de México, 1983). Escritor, traductor y crítico. Es autor de los libros de ensayo *El monstruo y otras mariposas* (2013) y *Las otras vanguardias* (2016); y de los títulos de aforismos *Apócrifo* (2014 y 2018) y *Artimañas* (2021). Compendia la tradición del aforismo en *Lapidario. Antología del aforismo mexicano* (2015 y 2020), *Aforistas mexicanos actuales* (2019), *Disparos al aire. Antología del aforismo en Hispanoamérica* (2022) y *El placer de fastidiar. Aforística italiana* (2022). Como traductor del italiano, recuperó la obra de Eros Alesi en las antologías *Voces paranoicas. Bitácora inédita* (2013) y *Mamá Morfina. Poesía reunida* (2021). Además, preparó la antología *Nubes de tinta* (aforismos de Donato Di Poce). En coordinación con Di Poce, editó los compendios *Silenzi scritti. Aforismi. Antologia Bilingue Italiano-Spagnolo* (2020) y *Clandestini / Clandestinos* (2021).

Otras puertas, otros mundos

Gerardo Villanueva

En 2002 o 2003 un amigo me envió un correo electrónico al que añadió un archivo con el cuento *El hacha pequeña de los indios*. En aquellos años, Abelardo Castillo era un escritor prácticamente desconocido en México —me parece que lo sigue siendo— y me atrevo a decir que todavía poco leído en su natal Argentina, a pesar de que ya había publicado gran parte de su obra, con excepción de *El espejo que tiembla*, su último libro de cuentos, de 2005. Abrí ese correo y pasé una tarde leyendo y releendo ese relato que en tan sólo dos páginas contiene una demostración profunda de grandes habilidades narrativas. Todavía hoy sigo sorprendiéndome con su lectura y encontrándole nuevos efectos que me pasaron desapercibidos hace tanto tiempo. Aquel cuento se quedó retumbando en mi cabeza y aún puedo recordar su párrafo inicial,¹ así como también hay a quienes les gusta alardear que saben de memoria los arranques de *El Aleph*² o de *Cien años de soledad*.

1 “Después, ella hizo un alocado paso de baile y una reverencia, y agregó que por eso esta era una noche especial, mientras él, incrédulo, la miraba con los ojos llenos de perplejidad (o de algo parecido a la perplejidad, que también se parecía un poco a la locura), pero la muchacha sólo reparó en su asombro porque él había sonreído de inmediato, y cuando ella le preguntó qué era lo que había estado a punto de decirle, el hombre alcanzó a murmurar ‘nada, amor mío, nada’, y se rio, y siguió riéndose como si aquello ya no tuviese importancia, puesto que estaba loco de alegría, como si realmente se hubiera vuelto loco de alegría”. Abelardo Castillo, *Cuentos completos*, Alfaguara, 2014, Buenos Aires, p. 240.

2 El propio Castillo era uno de ellos.

Tiempo después pasé al departamento de mi amigo para saludarlo. De pronto me percaté de que sobre la mesa de su pequeña sala tenía un ejemplar de *Cuentos crueles*. Supuse que por aquellos días lo estaba leyendo, un separador entre páginas lo delató. Esa fue la primera vez que vi con sorpresa un libro de Abelardo Castillo, ya que —tal como ahora, la cosa no ha cambiado mucho— su obra no circulaba en México. Lo tomé para hojearlo. En una de las solapas vi la semblanza del autor acompañada de su imagen en blanco y negro: un hombre calvo con barba de candado blanca y nariz ancha miraba directo a la cámara al sostener un bolígrafo con el que escribía sobre una hoja de papel incrustada en el carrete de su máquina de escribir. De inmediato mi imaginación le agregó un parche en el ojo derecho y lo vislumbré como un pirata de esos que habitaban las novelas de Emilio Salgari. Ya entrado en ejercicios imaginativos, pude haber dicho que también se parecía un poco al mismo Salgari. Lo que importa a todo esto es que ahí estaba el autor de *El hacha pequeña de los indios* y que había al menos un ejemplar de un libro suyo en la ciudad, justamente en poder del amigo que me había iniciado en su lectura.

Con el paso del tiempo encontré algunos cuentos de Castillo en diferentes sitios web. Gracias a internet supe que en 1959 ganó con *Volvedor* el premio de la revista *Vea y Lea*. El jurado estuvo integrado por Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Manuel Peyrou. También me enteré de que él fue, en gran medida, el responsable de la edición de tres de las revistas literarias más importantes de las que Buenos Aires recuerde en su historia: *El Grillo de Papel*, *El Escarabajo de Oro* y *El Ornitorrinco*, en las que aparecieron textos de Alejandra Pizarnik, Miguel Briante, Liliana Heker, Humberto Costantini y Augusto Roa Bastos, entre muchos más.

Un par de años después de haber visto aquel ejemplar de *Cuentos crueles* —y casi por casualidad— encontré en una librería la edición de Seix Barral de *El que tiene sed*, la novela con más rasgos autobiográficos que escribió Castillo, una de las que más he disfrutado, y en donde aparece por primera vez en su obra uno de sus personajes emblemáticos: Esteban Esposito,³ un escritor alcohólico incapaz de soportar su presencia en la realidad, el hombre alrededor del cual gravita, en palabras de Juan Forn, “el mejor retrato del alcoholismo que ha dado la literatura argentina”,⁴ y apuesto que también uno de los mejores de la literatura universal. Se trata de una novela donde el tiempo es un cúmulo de momentos de lucidez, pero también de lapsos blancos (como ocurre en la mente de todo alcohólico irredento), aunque se infiere que los hechos acontecen en 1970, año en que Esposito acude a “impartir” una conferencia a la Casa de Altos Estudios Abraham León, en Villa Crespo, mientras bebe tanto como respira. Entre sus episodios étlicos va convenciéndose de disolver su propia existencia en el *whisky*, con todos sus elementos, límites y consecuencias. Es dentro de un bar donde el protagonista se cruza con el Hombre de los Ojos de Plata, una suerte de espejo, o *alter ego* mayor que él, quien ante el dilema de matarse o continuar bebiendo —a fin de cuentas, otra forma de matarse—, en medio de la conversación le reafirma a Esteban:

Siempre puede ocurrir algo peor. Vale la pena vivir sólo por eso. Para ver dónde está el límite de la degradación, la infelicidad y el sufrimiento. Hasta dónde somos capaces de humillar y

3 Esteban Esposito reaparecerá tiempo después como el protagonista de *Crónica de un iniciado*, novela que Abelardo Castillo publicó en 1991.

4 Planeta de Libros, *Retrato del alcoholismo en un libro en que el autor fue capaz de decirlo todo*. <https://www.planetadelibros.com.ar/libro-el-que-tiene-sed/291067>. Fecha de consulta: 9 de noviembre de 2019.

hacer sufrir a los demás, o hasta dónde la vida es capaz de vejarnos, envilecernos y hacernos padecer. Pero sobre todo hasta dónde somos capaces de llegar hacia abajo, sin ayuda de nadie, nosotros mismos.⁵

Sin nada qué ganar, aunque tampoco qué perder, Esposito se decide internar en un manicomio con el pretexto de entrevistarse con uno de sus huéspedes, Jacobo Fiksler,⁶ el Viejo Poeta, para tomar notas de su encuentro. Será este quien fungirá como una suerte de Virgilio entre los pabellones de la locura. Aquí me detengo para recalcar que el apartado donde se describe el *delirium tremens* de Esposito, previo al ingreso al manicomio, me resulta uno de los textos más memorables que recuerdo.

Abelardo Castillo llevó bajo el brazo, durante treinta años, el manuscrito de otra novela fundamental. Buena parte de su vida la dedicó a la escritura de algo que originalmente fue concebido como un cuento, pero que terminó por convertirse en su propia y novelada versión del mito fáustico, y que una vez publicada en 1991 llevaría el título de *Crónica de un iniciado*. En ella, un Esteban Esposito anterior al que conocimos en *El que tiene sed*, acude a un congreso literario en Córdoba, donde vivirá tres días que marcarán en lo sucesivo su vida. En ese lugar se involucra con Graciela, de quien se enamora, aun ante la inevitable fatalidad de que Esposito deba volver a Buenos Aires al terminar el viaje. En medio de todo ello, el Diablo se aparece en su camino para proponerle, entre otras cosas, un pacto.⁷ Esta es una novela de permanente metamorfosis. Conforme nos vamos adentrando en ella,

5 Abelardo Castillo, *El que tiene sed*, Seix Barral, Biblioteca Breve, Argentina, 1999, p. 94.

6 En alusión al poeta argentino Jacobo Fijman.

7 “Siempre pensé escribir algo sobre el pacto con el Diablo. Había leído todos los Faustos que se conocen: el de Spies, el de Marlowe, el de Goethe y el de Thomas

advertimos que todo va convirtiéndose en lo que originalmente no era, incluso el pasado. Esteban dejará parte de su juventud. Graciela y los demás personajes (Santiago, Bastián o el doctor Cantilo) saldrán transformados en otros. ¿Acaso la percepción del mal en su autor no habría cambiado en el transcurso de tres décadas de obsesiva escritura?

El tema de Dios siempre fue del interés de Castillo, pero no desde el punto de vista religioso, sino del filosófico, y, él diría, hasta del literario y político. Consideremos que a los diez años estudiaba en el colegio salesiano Wilfrid Baron de los Santos Ángeles, donde el padre rector le prohibió leer *Robinson Crusoe* con el argumento de que cuando el personaje llega a la isla descrea de Dios, y cómo entonces podría leer un niño algo así dentro de un colegio administrado por sacerdotes. De hecho, Castillo afirmó en ocasiones haber sido un creyente de Dios en la infancia, aunque en su vida adulta terminó por ubicarse en el agnosticismo, siendo este una buena herramienta para abordar con maestría estos asuntos en su escritura. Su obra de teatro *El otro Judas* pudo haber sido un comienzo, pero es en la novela *El evangelio según*

Mann. En el clásico, Fausto pacta con Mefistófeles por el conocimiento; en el de Goethe, por la juventud; y en el de Mann, el premio —o el castigo— es la obra de Adrian Leverkühn, pero en un sentido de excelcitud que el Diablo le promete. Mi pacto no es por la sabiduría, que siempre entendí como un problema menor de lo fáustico. Es sólo retomar el viejo problema bíblico: ‘Comeréis de este árbol, seréis como dioses’. Pero a partir de ese momento el alma está perdida. Eso ya está muy bien tratado en la Biblia. Pactar por la juventud no era una cosa que podía interesarme, porque yo era joven. Recuerdo que Sabato me decía: ‘Usted no va a poder escribir este libro.’ En realidad, Sabato en algo acertó: tardé mucho tiempo en terminarlo. Pero el pacto no es por la conquista de una mujer ni por la juventud. Se pacta por una obra, pero no por la grandeza de esa obra. El Diablo le dice a Esteban, con toda claridad, que no le gritó *Non serviam!*”. (*Los pactos con el mal*, entrevista con Abelardo Castillo en *Diario Clarín*, https://www.clarin.com/literatura/abelardo-castillo-entrevista-cronica-de-un-iniciado_0_BJMNvg3DXx.html. Fecha de consulta: 16 de abril de 2020).

Van Hutten donde nos revela sus mejores consideraciones sobre la existencia-no-existencia de Dios. Aquí, un profesor de historia se toma un tiempo de vacaciones en La Cumbrecita —sierra argentina de Córdoba—, en donde se encuentra con el viejo arqueólogo Estanislao Van Hutten, quien no ha muerto, como se creía, y que además revelará al protagonista una serie de aspectos sobre las Sagradas Escrituras, que se basan en el descubrimiento de los milenarios rollos del mar Muerto y que pondrán sobre la cuerda floja a la historia del origen del cristianismo. Todo esto mediante el desciframiento de una tradición bíblica paralela.

En la novela se descubre que Jesucristo no fue el ser divino al que suele asociarse, sino un hombre que conspiró desde una secta religioso-política para echar al imperio romano de la Tierra Santa. El narrador y también protagonista —en clara autorreferencia a Castillo— es un agnóstico hasta cierto punto dudoso; sin embargo, el que cree en Dios es Van Hutten, un creyente particular, casi herético, como lo califica el propio autor, y para quien Dios existe porque sí, sin importar lo que piensen los demás.⁸ No en vano la primera frase de la novela es: “No pido que se me crea”.

El que tiene sed, Crónica de un iniciado (novelas que operan como una suerte de díptico) y *El evangelio según Van Hutten*, en conjunto, o por sí solas, podrían constituir la obra sólida y cumbre a la que cualquier narrador aspiraría. No se pierda de vista que antes de todas ellas su autor ya había publicado *La casa de ceniza*, una novela breve que hasta fechas recientes fue reeditada. Sin

8 “Si yo creyera en Dios, creería del mismo modo en que cree Van Hutten, que es muy sencillo: para Van Hutten, Dios existe y punto. ¿Cómo a Dios lo vamos a discutir con nuestros pobres argumentos terrenales? Además, si no crees en Dios, o crees en Dios, ¿a Dios qué le va a pasar? Nada, es decir, el problema es tuyo. “Canal de la Ciudad, *Siento que se perdió relación con la polémica*. Abelardo Castillo en Libroteca. <https://www.youtube.com/watch?v=evClbRKy88g>. Fecha de consulta: 21 de noviembre de 2019.

embargo, y por si esto fuera poco, Abelardo Castillo es dueño de un trabajo que lo convirtió en uno de los mejores cuentistas de su tiempo⁹ y que inauguró en 1961 con *Las otras puertas*, uno de los libros de cuentos más relevantes de la literatura argentina.

Pude leer la totalidad de su obra cuentística —de entonación borgeana, cuya temática resulta más cercana a la cortazariana: música, boxeo, infancia, sexo, entre otros asuntos— recurriendo ante todo a los buenos oficios de quienes viajan. Hace unos años, otro amigo mío viajó a Buenos Aires y a su regreso me trajo el ejemplar de *Cuentos completos*,¹⁰ editado por Alfaguara, ese que forma parte de una colección donde también figuran William Faulkner, Vladimir Nabokov y Juan Carlos Onetti, así como tres grandes compatriotas de Castillo: Julio Cortázar, Hebe Uhart y Rodolfo Fogwill. De estos dos últimos, por desgracia, también siguen sin distribuirse sus libros por este lado de Latinoamérica.

Los cuentos de Castillo no están exentos de las propiedades de brevedad y unidad de impresión por las que abogaba Edgar Allan Poe. Además, si hay algo que permea en gran parte de ellos es una buena dosis de crueldad y violencia como actos reparatorios

9 “El cuento es el lugar donde me siento más tranquilo cuando escribo, porque como no empiezo un cuento hasta no saber puntualmente cómo va a terminar, y a veces hasta con las palabras que va a terminar, eso me da una enorme sensación de tranquilidad, cosa que no ocurre con la novela. La novela (he escrito cuatro novelas) me angustia mucho. Eso de estar trabajando con la incertidumbre del hacia dónde va o hacia dónde van a querer ir luego los personajes a mí me preocupa bastante como escritor, ¿no? Cosa que tampoco me pasa en el teatro, el teatro se parece más al cuento, y cuando uno escribe teatro, de alguna manera ya está sabiendo todo lo que va a ocurrir”. Radio Nacional, *Uno de los eximios escritores de la literatura argentina en el siglo XX*, Entrevista que Eduardo Aliverti le hizo a Castillo en 2011 dentro del ciclo “Decime quién sos vos”. <http://www.radionacional.com.ar/uno-de-los-eximios-escritores-de-la-literatura-argentina-del-siglo-xx/>. Fecha de consulta: 16 de noviembre de 2019.

10 Al conjunto de sus cuentos, Castillo lo llamó *Los mundos reales*.

de humanidad a la degradación sufrida por algunos de sus personajes. La desgracia como sustrato de sus grandes relatos proviene en gran medida de una especie de pesimismo o de fatalidad que le vienen de sus ideas filosófico-políticas. Asimismo, es particularmente a partir de *Las panteras y el templo* (1976) donde se permite rendir algunos homenajes literarios a través de la intertextualidad o, valdría decir, del diálogo que emprende con escritores de su admiración, como Roberto Arlt, Jorge Luis Borges u Horacio Quiroga.

Aquí podría proporcionar un puñado de detalles sobre mis cuentos favoritos de Castillo, mas no lo haré, entre otras razones porque hablaría de cerca de 17 o 20 cuentos de un total de 55 que están incluidos en el libro. No obstante, puedo traer a colación algunos aspectos que me parecen relevantes, me refiero particularmente a esas acciones que se quedan perdurando en la memoria después de que se lee un cuento que por sí mismo motiva a leerlo siempre.

Pienso entonces en la excelsa misantropía del personaje de *Also sprach el señor Núñez*,¹¹ un oficinista con dieciocho años de experiencia, quien cierta mañana llega a la fábrica donde trabaja, acompañándose de una valija repleta de explosivos y de una pistola, para amenazar a sus colegas y lanzarles un discurso sobre el hartazgo de la rutina, la lucha de clases y la salvación a partir de la muerte colectiva. Tal vez se trata de un profeta del desasosiego en evidente evocación al *Also sprach Zarathustra*, de Nietzsche, aunque en este caso se trate de un empleado contrautópico que brota de las entrañas de una fábrica llamada La Pirotecnia. Este es un cuento de alta acidez que entre líneas vincula ciertos temas y elementos de la literatura universal y argentina, guiñando con

11 Incluido en *Las otras puertas*.

elegancia a autores como Franz Kafka, Roberto Arlt o Nikolái Gógol.

Ciertos personajes que habitan los cuentos de Abelardo Castillo no creen en la justicia de los sistemas, mucho menos en la divina. De ahí que resalte la capacidad con que cuentan para cobrar venganza cuando hay que hacerlo, es decir, en el momento mismo en que se ven agraviados por sus semejantes, cuando se les presenta la oportunidad de darle la vuelta a las situaciones, y con ello a sus propias historias. ¿Para qué esperar a que fuerzas sobrenaturales intervengan en las relaciones humanas trayendo consigo una justicia que nunca llegará? Si la ley del más fuerte produce escalafones en el plano real, en el caso de la ficción deviene en un grato sabor de boca. Véase, por ejemplo, el caso de Paula, la protagonista del cuento *Patrón*,¹² quien huye de la hacienda de Antenor Domínguez, a causa de su crueldad patriarcal, abandonándolo a su suerte, lisiado y con un recién nacido en sus brazos, tirando previamente la llave al aljibe. O qué decir de Pastoseco, el personaje que aparece en *Por los servicios prestados*,¹³ quien a ciencia cierta nadie sabe cómo fue admitido en el ejército, pero que un día cae atrapado en una suerte de zanja junto al capitán Losa —un auténtico hijo de puta que se pasa la vida humillándolo— y que cuando su subordinado logra salir de ella —tal como Paula— se marcha, dejándolo solo, en medio del perfecto silencio de la noche.

Otro de los rasgos en los cuentos de Castillo está en los juegos de tiempo. Hay una frecuente intención de desorientar al lector en cuanto al plano temporal en que ocurren las acciones, herramienta que ayuda, en algunos casos, a reforzar el efecto fantástico cuando es necesario. El cuento *El candelabro de plata*,¹⁴ uno de

12 Incluido en *Cuentos crueles*.

13 Incluido en *Las maquinarias de la noche*.

14 Incluido en *Las otras puertas*.

los más memorables y, por cierto, otro tremendo texto de crueldad, arranca diciendo: “Todo empezó esta misma tarde; es decir, la tarde de ayer, puesto que ahora deben ser las tres o cuatro de la mañana. Madrugada del 25 de diciembre de 1956. Navidad”.

No perdamos de vista que este, como tantos otros mecanismos, en muchos de sus cuentos posibilitan al autor narrar las historias contenidas (anécdotas de adolescencia, traiciones, venganzas o encuentros inesperados) y, al mismo tiempo, la historia de la propia narración.

Y hablando de cuentos y de cuentistas mayores: ¿se puede encarnar a Edgar Allan Poe a fuerza de leerlo, releerlo, volverlo a leer y releerlo mil veces? ¿Se puede devenir en Poe con el hecho de imaginar o soñar que se lo encuentra en Fordham bajo un bosque de cerezos, manzanos y arbustos, aunque ese sitio sea por igual el universo de pinos y araucarias de San Pedro —ciudad natal de Castillo—? Yo creo que sí. La prueba —tan real como fantástica— es el bellissimo cuento *Fordham, 1994*,¹⁵ en el cual Castillo nos traslada a algo semejante a un sueño donde tiene un inesperado y extraño encuentro con Poe, en el que echan a andar una conversación en castellano, pero que de inmediato pasa al “inglés de los sueños, no el de la gramática”.¹⁶ Se trata de una charla que gira en torno a “los versos ideales, los versos del poema nunca escrito, esos versos inalcanzables que todo poeta siente que él pudo haber compuesto y que, por alguna razón secreta, Dios no permite que se escriban nunca”.¹⁷

15 Incluido en *El espejo que tiembla*.

16 Abelardo Castillo, *Cuentos Completos*, Alfaguara, Buenos Aires, 2012, p. 461.

17 *Ídem*. p. 462.

Por último, una mención especial a *El tiempo de Milena*,¹⁸ que plantea la historia de un hombre —de nuevo, en clara autorreferencia al autor—, quien en su tiempo real va envejeciendo, mientras que Milena, una adolescente con la que sostiene ciertos encuentros, es siempre la misma y parece habitar un plano donde el tiempo es otro o simplemente no existe. Este cuento tiene un poderoso arranque *in media res* que de pronto nos adentra en un mundo de ficción particular. Lo considero un sistema narrativo casi perfecto.

El primer volumen de sus diarios, que abarca de 1954 a 1991, se publicó en 2014 y no lo tuve en mis manos hasta diciembre de 2017, siete meses después de su muerte. Esta publicación me abrió nuevas puertas para conocer algunas lecturas de su juventud; su relación con escritores, como Sabato o Cortázar; de su vampírica costumbre de pasar noches leyendo libros completos; y de sus años como editor de aquellas revistas que atestiguaron épocas en que las polémicas intelectuales eran más verdaderas que las de ahora, es decir, se centraban en el núcleo filosófico de los acontecimientos más que en los acontecimientos mismos.

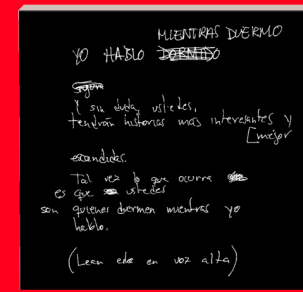
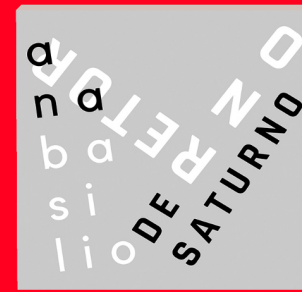
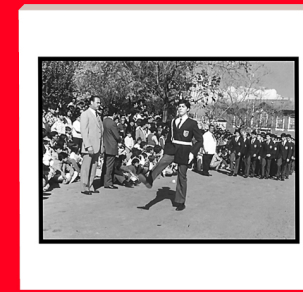
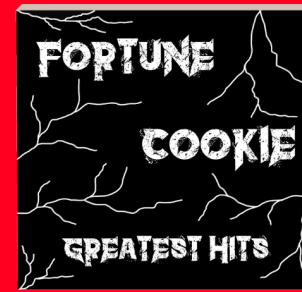
Ha pasado mucho tiempo desde que leí a Abelardo Castillo por primera vez. Ahora lo sigo haciendo. Cada vez que regreso a su trabajo, el efecto sorpresa vuelve a aparecer y me dura mucho, tal como me sucedió en aquel momento en que leí *El hacha pequeña de los indios*. No me cansaré de revisitarlo, porque en cada lectura ratifico algo que me pasa pocas veces y con pocos autores: cuando me acerco a algún texto suyo siento caer sobre mí el gran peso de la literatura, de aquella que se escribe como con la precisión mental de los ajedrecistas.

18 Incluido en *El espejo que tiembla*.

Abelardo Castillo abandonó este mundo en mayo de 2017, antes de que se publicara el segundo volumen de sus *Diarios*, que van de 1992 a 2006, y dejando cierto material en el cajón, entre este, un conjunto de poemas titulado *La fiesta secreta*,¹⁹ de reciente publicación bajo el sello Ediciones en Danza, o la novela *Los ángeles azules*. Sumergirse en su obra implica llamar a puertas que, una vez que se abren, nos conducen a mundos donde todo es posible. Y tal como él mismo lo afirma en *El tiempo de Milena*: cuando lo imposible empieza a suceder, lo más razonable es aceptarlo con naturalidad.

19 “La poesía, cuya alta fiesta a mí me está vedada”, escribió en el posfacio de la obra de teatro *Israfel*.

GERARDO VILLANUEVA (Guadalajara, México, 1978). Es autor de los títulos de poesía *Calabozo cuatro* (Periferia de Escritores Forasteros, 2019), *patri-vium* (Mantis Editores, 2016) y *Feu G Rare* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2016), así como de *Inquilinos invisibles* (Grafógrafxs, 2021), su primer libro de cuentos.



Descarga los libros de la colección **En Marte aparece tu cabeza** en grafografxs.uaemex.mx



GUERRERO • WATSON • ROAS • ÁVALOS • HOSSEINI • AKRAYI • SANCHIZ
RÍOS • FLORES • UNDURRAGA • BROCCOLI • VILLANUEVA

